

# AMALIA.

POR

JOSÉ MARIANO.

SEGUNDA EDICION.

TOMO CUARTO.

**BUENOS AIRES.**

IMPRENTA AMERICANA, STA. CLARA NUM. 62.

1886.



**AMALIA.**





# PARTE TERCERA.



## CAPITULO I.

**En Montevideo.**



L lector tendrá que acompañarnos esta vez á un paseo de pocas horas á la parte septentrional del Plata, siguiendo con nosotros á uno de los actores principales de nuestra historia; y despues volveremos á tomar el hilo de los acontecimientos históricos.

Era una noche de los últimos días del mes de Julio.

El Cielo del Plata estaba arjentado con toda su magnífica pedrería; y la luna, como una perla entre un círculo de diamantes, alumbraba con su luz de plata las olas alborotadas del gran río, sacudido pocas horas antes por las alas poderosas del Pampero.

Doscientos bajeles se balanceaban dentro el ancho puerto de Montevideo, imitando á un vasto y espeso bosque de palmeras, sacudidas en una noche del otoño por vientos que las azotan y despojan.

El Cerro—ese cíclope que vijila la mas jóven de las hijas de América—parecía esa noche, á la claridad de la luna, levantar mas alta que nunca su cabeza, jugando con los eclipses de su inmensa farola.

Como saliendo del pié de esa inmensa montaña, desde las siete de la noche se divisaba allá en el horizonte una cosa parecida á esas palomas del mar del Sur, que, arrebatadas por el viento de las costas de la Patagonia, vuelan sobre las ondas de esos mares, las mayores del mundo, rozando las

aguas con sus álas, inclinándose ora sobre una, ora sobre otra, mostrándose y perdiéndose á la vez entre las montañas flotantes, hasta encontrar el mástil de algun buque, ó las escarpadas rocas de Malvinas.

Como una blanca pluma del ála del Pampero, el pequeño bajél, que tenia la audacia de surcar las ondas de ese rio que desafía al mar en los dias que dá curso libre á sus enojos, se deslizaba rápidamente sobre ellas, y por instantes se aproximaba al puerto. Los buques de guerra distinguieron pronto que era una *ballenera* de Buenos Aires; embarcaciones que hacian diariamente el contrabando durante el bloqueo frances sobre aquel puerto.

Ésta pequeña embarcacion descubierta, solo traía cuatro hombres. Dos de ellos, sentados en el medio, prontos á cazar la gran vela tirriana que la hacía volar sobre las ondas; de los otros dos, el uno estaba al timon, cubierto con un capote de barragán y un gran sombrero de hule, el otro reclinado sobre la pequeña borda envuelto en una capa de goma, teniendo en su cabeza una gorra de paño con vicerca. El primero solo movia sus ojos de la vela á la honda, y de la honda á la vela; el

segundo no los separaba de un solo punto: hacía media hora que estaba contemplando la ciudad, plateada con los clarísimos rayos de la luna, y que se presentaba á sus ojos en forma de anfiteatro, descendiendo sus edificios, de una leve colina, como se ven las piedras cristalizadas del hielo desde las orillas del mar Pacífico, sobre la Cordillera de los Andes.

Pero no era simplemente la bella perspectiva de la ciudad lo que absorvía la atención de ese hombre, sino los recuerdos que en 1840 despertaba en todo corazón argentino la presencia de la ciudad de Montevideo: contraste vivo y palpitante de la ciudad de Buenos Aires, en su libertad y en su progreso; y mas que esto todavía, Montevideo despertaba en todo corazón argentino que llegaba á sus playas, el recuerdo de una emigración refugiada en él por el espacio de once años, y la perspectiva de todas las esperanzas sobre la libertad argentina, que de allí surjian, fomentadas por la acción incansable de los emigrados, y por los acontecimientos que fermentaban continuamente en ese laboratorio vasto y prolijo de oposición á Rosas, en ese Montevideo en donde solo con *dejar hacer*,

la población se había triplicado en pocos años, desenvuéltese un espíritu de comercio y de empresas sorprendente, y amontonándose cuanto elemento parecía suficiente para dar en tierra con la vecina dictadura.

Pero la imaginación humana abulta siempre el tamaño de las cosas y de los hombres á medida que los vé de lejos, y aquellos hechos verdaderos eran hiperbolizados, sin embargo, en la fantasía de aquel hombre que contemplaba la ciudad desde la popa del pequeño batel.

—“Se han hecho fuertes, porque se han asociado,—decía entre sí mismo.—Nueva Tiro, allí no se pregunta al hombre de donde és, sino qué es lo que sabe, y el hombre de cualquier punto del mundo llega allí, las instituciones le protejen, y el comercio ó la industria le abren sus copiosos canales al momento: y es así como se han hecho fuertes y ricos. La dictadura argentina les es fatal á su paz, á su libertad y á su comercio, y todos se han unido y marchan juntos contra el obstáculo comun: y es así como conseguirán pronto derrocar ese coloso formado con el barro y la sangre de nuestras pasadas disensiones.”—Y pensando así, los vivísi-

mos ojos de ese hombre cuya fisonomía jóven é inteligente estaba alumbrada en ese momento por el argentino rayo de la luna, parecían querer penetrar al través de los edificios de la ciudad cercana ya, para confirmarse, en el exámen de los hombres, de las virtudes que en aquel momento les atribuía su imaginacion, bien distante, sin embargo, de la triste realidad de las cosas.

—Falta mucho, Douglas, para llegar al puerto?—preguntó al hombre de copote de barragán, mirando su reloj que apuntaba las nueve y media de la noche.

--No, Señor Don Daniel,—contestó con una franca acentuacion inglesa el hombre á quien se habia llamado Douglas,—vamos á desembarcar un poco á la derecha de aquella fortaleza.

—Qué fortaleza es esta?

—El Fuerte de San José.

—Hay próximo á ella algun muelle?

—No, Señor ; pero hay un desembarcadero que se llama 'el *Baño de los Padres*, donde atracan los botes de las estaciones de guerra, y donde podremos desembarcar sin mojarnos, porque la maréa está muy alta.

Cinco minutos despues, Daniel Bello pisaba las piedras del Baño de los Padres, y, sacudiendo su capa de goma, roseada á menudo por las aguas del rio, seguia á Mr. Douglas, quien despues de haber dado algunas órdenes á los marineros, dijo á Daniel:

—Por aquí, Señor,—tomando al Sur, doblando luego para San Francisco, y tomando en seguida por la calle de San Benito.

A dos minutos de marcha, en la segunda cuadra de esa calle, paróse Mr. Douglas en la primera puerta á mano derecha, y dijo á Daniel:

—Esta es la casa, Señor.

—Bien, irá usted á esperarme á la fonda ¿cómo me dijo usted?

•—La Fonda del Vapor.

—Bien, me esperará usted en la Fonda del Vapor. Tome usted una habitacion para mí, por si tenemos que pasar la noche.

—Pero cómo se irá usted solo? usted no sabe las calles.

—De aquí me conducirán.

—No será bueno preguntar si está la persona á quien usted viene á ver, antes de retirarme yo?

—No hay necesidad, si no está, la esperaré; puede usted retirarse.

Mr. Douglas se retiró en efecto; Daniel dió dos fuertes aldabazos, y preguntó al criado que salió á abrir:

—Está en casa el Señor Bouchet de Martigny?

—Está, Señor,—contestó el criado, mirando á Daniel de pies á cabeza.

—Entonces, entréguele usted esto ahora mismo,—dijo, dándole al criado la mitad de una tarjeta de visita, cosa que el criado tomó con cierto embarazo no sabiendo si cerrar ó dejar abierta la puerta de la calle, porque Daniel al abrir su leviton, y sacar del chaleco la media tarjeta que iba á servir de seña, habia puesto de manifiesto á los ojos del criado un par de hermosas pistolas de dos tiros que traía á su cintura, pasaporte con que quince horas antes se habia embarcado en Buenos Aires.

El criado no tuvo, sin embargo, la impertinencia de cerrar la puerta, y algunos segundos despues, volvió muy atencioso á decir á Daniel que pasára adelante.



## CAPITULO II.

### Conferencias.



ANIEL dejó su capa, su sobretodo y sus pistolas en una pequeña antesala, arregló un poco su cabello, y pasó á la sala donde el Señor Martigny, al lado de la chimenea, leía algunos periódicos.

Los ojos del agente frances, jóven aun y de una

fisonomía distinguida, estudiaron por algunos segundos la inteligente y espresiva de Daniel, pálida y ojerosa entonces, y no pudo menos de revelar cierta sorpresa que no pasó inapercibida de Daniel : éste quiso entonces dar su primer golpe sobre el espíritu del Señor Martigny, y al cambiarse con él un apretón de mano, le dijo en perfecto frances, sonriéndose, mostrando bajo sus lábios gruesos y rosados, sus hermosos y blanquísimos dientes:

—Os sorprendeis, Señor, de hallar tan jóven á vuestro viejo corresponsal ¿no es así?

—Pero esa sorpresa cede el lugar á la que me causa vuestra penetracion, Señor.... perdonad que no os dé vuestro nombre; pues que para mí es un misterio aun.

—Que dejará de serlo en el momento, Señor : las cartas podian comprometerme; las palabras fiadas á vuestra circunspeccion, de ningun modo : mi nombre es Daniel Bello.

El Señor Martigny hizo un elegante saludo, y él y Daniel sentáronse junto á la chimenea.

—Os esperaba con impaciencia, Señor Bello, despues de vuestra carta del 20, que he recibido el 21.

—El 20 os pedia una conferencia para el 23, y hoy estamos á 23 de julio, Señor Martigny.

—Guardais en todo una exactitud admirable.

—Los relojes políticos deben estar siempre perfectamente arreglados, Señor; porque de lo contrario suelen perderse las mejores oportunidades que marca el tiempo, siempre tan fugaz en los acontecimientos públicos: os prometí estar el 23 en Montevideo, y héme aquí; debo estar en Buenos Aires el 25 á las doce de la noche, y estaré.

—Y bien, Señor Bello?

—Y bien, Señor Martigny: la batalla se ha perdido.

—Oh, no!

—Lo dudais?—preguntó Daniel un poco admirado.

—No tenemos todavia detalles oficiales, pero segun algunas cartas, tengo motivos para creer que la batalla no ha sido perdida.

—Entonces creéis que ha sido ganada por el general Lavalle?

—Tampoco: creo que se ha derramado sangre inutilmente para los combatientes.

—Os equivocais, Señor,—dijo Daniel con una

entonacion de voz tan grave y tan segura que no pudo menos que intrigar fuertemente el espíritu de Mr. Martigny.

—Pero vos, Señor, no podeis tener otros datos que los rumores de Buenos Aires, donde todos los sucesos se repiten siempre bajo un carácter próspero al gobierno del jeneral Rosas.

—Olvidais, Señor Martigny, que hace un año os suministro á vos, y, como debeis saberlo, á la Comision Argentina, y á la prensa, todo cuanto es necesario para ilustraros, no solo sobre la situacion de Buenos Aires, sino sobre los actos mas reservados del gabinete de Rosas. Olvidais esto, Señor; cuando creeis que yo haya recojido en los rumores públicos la certidumbre de un suceso tan grave como el que nos ocupa. No lo dudeis, la batalla del Sauce Grande, el 16 del corriente, ha sido perdida por el Ejército Libertador. El parte del jeneral Echagüe, que traigo conmigo, me está ratificado por cartas particulares de persona adicta que tengo á mi servicio en el ejército de Rosas.

—Trais el parte, Señor?—preguntó el Señor Martigny algo perplejo.

—Hélo aquí, Señor,—y Daniel le entregó un

papel, que el ajente frances desdobló sin precipitacion, y que leyó, parado junto á la chimenea.

“¡ VIVA LA FEDERACION!

“El Jeneral en Jefe del  
Ejército unido de ope-  
raciones de la Confe-  
deracion Arjentina—

“Cuartel Jeneral en las Puntas del Sauce Grande, Julio 16 de 1840.—Año 31 de la Libertad, 26 de la Federacion Entrepriana, 25 de la Independencia y 11 de la Confederacion Arjentina.

“*Al Exmo. Señor Gobernador y Capitan Jeneral de la Provincia de Buenos Aires, Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier Jeneral Don Juan Manuel de Rosas, encargado de los negocios nacionales de la República.*

“Dueño del campo de batalla por segunda vez, despues de un combate de dos horas, en que los bravos defensores de la independencia nacional han rivalizado en valor y esfuerzo contra los infames esclavos del oro extranjero, tengo la satisfaccion de comunicar á V. E. tan plausible acontecimiento, y congratularle por los inmensos resultados que debe producir.

“Habiendo empleado el enemigo el dia de ayer

en un furioso pero inútil cañoneo, que fué vigorosamente contestado, se resolvió al fin hoy á la una de la tarde á traernos el ataque. Para este fin marchó sobre nuestro flanco derecho casi toda su caballería, mientras que su artillería acestaba sus fuegos, pero no impunemente, al centro de la línea, por cuyo motivo el choque de nuestros escuadrones tuvo lugar á retaguardia de la posición que ocupábamos. Allí fueron acuchilladas esas ponderadas lecciones de los traidores: quedando tendidos mas de seis cientos, entre ellos dos coroneles y varios oficiales, y se tomaron veinte y seis prisioneros incluso un capitán. Se dispersaron unos hácia el norte buscando la selva de Montiel y otros á varias direcciones hasta donde permitia perseguirlos el estado de nuestros caballos.

“Entretanto nuestra artillería no estaba ociosa, repeliendo con suceso los tiros de la enemiga, y nuestros batallones aguardaban con imperturbable serenidad la aproximación de los contrarios que venian haciendo fuego, para descargar sus armas, como lo hicieron con tal acierto, que acobardados los infames correntinos que escaparon con vida, se entregaron á la fuga antes de llegar á la bayoneta,

arrojando las armas. Ya se me han presentado mas de cien fusiles.

Nuestra pérdida es corta, y creo que no pasan de sesenta individuos fuera de combate, muertos y heridos. Solo me resta asegurar á V. E. que los Señores jenerales, jefes, oficiales y tropa se han conducido con bizarria, y espero completar en breve la destruccion de los restos del enemigo, para recomendarlos como merecen al aprecio de sus compatriotas y de todos los amigos de la independencia americana.

“Dios guarde á V. E. muchos años.

“PASCUAL ECHAGÜE.

“Adicion.—En la batalla nos presentó el enemigo una fuerza de extranjeros, que acompañó á los traidores correntinos á la ignominiosa fuga en que se pusieron.

“ECHAGÜE.

“*José Francisco Benites.*

“Secretario militar.”

—En ese parte,—dijo Daniel, luego que el Señor Martigny hubo acabado su lectura,—hay to-

dos las exsajeraciones, y toda la insolencia que caracterizan los documentos del gobierno de Rosas, pero en el fondo de él hay una verdad: que la batalla ha sido perdida por el jeneral Lavalle.

—Sin embargo, las cartas recibidas....

—Perdon, Señor Martigny, yo no he hecho el viaje de Buenos Aires á Montevideo para discurrir sobre la verdad de este documento, pues que estoy perfectamente convencido de la desgracia que han sufrido las armas libertadoras: he venido en la persuacion de encontrar aquí la misma certidumbre, y poder entonces, sobre ese hecho establecido, discurrir y combinar lo que podria hacerse aun.

—Y bien, qué podria hacerse, Señor Bello?—contestó el Señor Martigny, no encontrando dificultad en ponerse en el caso de que efectivamente hubiese sido perdida la batalla.

—Qué podria hacerse? os lo diré, Señor; pero tened entendido que no es de la pobre cabeza de un jóven de donde salen las ideas que vais á oir, sino de la situacion misma, de los hechos que hablan siempre con mas elocuencia que los hombres.

—Hablad, Señor, hablad,—dijo el ajente fran-

ces, seducido por la palabra firme, y por la fisonomía de aquel jóven, radiante de intelijencia.

—Se conoce aquí el estado de las provincias interiores; las mas fuertes de ellas pertenecen á la revolucion. En el litoral, Corrientes y Entre-Rios, levantan tambien las armas de la libertad. El Estado Oriental, se armó igualmente contra el gobierno de Rosas. La Francia estendió una poderosa escuadra sobre los puertos y costas de Buenos Aires. Todos estos acontecimientos, Señor Martigny, unos cuentan dos años ya, otros uno, otros seis meses. Bien: en todo ese tiempo se ha progresado, ó se ha retrogrado en el camino del triunfo sobre Rosas, camino comun á la República, al Estado Oriental y á la Francia? De los puertos y costas de la provincia, el bloqueo frances ha limitádose á lo que queda en el Plata dentro de su embocadura en el Oceano. En las provincias del interior, la revolucion no ha marchado adelante, y toda revolucion que se para en su marcha instantánea, tiene todas las probabilidades en su contra. Las armas orientales se enmohecen en el territorio de la República, y pierden un tiempo que aprovecha Rosas. Teníamos á Corrientes y Entre-Rios,

hoy no tenemos sino á la primera en peligro de ser dominada mas tarde por las armas vencedoras en la segunda. Se retrocede, pues, lejos de adelantar. El porqué de este mal, es muy sencillo: porque el esfuerzo de los contrarios de Rosas, no ha sido dirigido aun sobre Buenos Aires; es ahí, Señor Martigny, donde está la resistencia, y es ahí á donde se debe dar el golpe. Una batalla se ha perdido, pero no el ejército. En el estado de entusiasmo de los libertadores, una retirada no es una derrota. Y si el jeneral Lavalle pasase el Paraná, marchase inmediatamente sobre Buenos Aires, y en dia y hora convenida atacase la ciudad por la parte del campo, al mismo tiempo que una division oriental, en que entrase toda la emigracion arjentina que hay en esta ciudad, desembarcase y atacase la ciudad por el Retiro, Rosas entonces, ó tendria que embarcarse ó entregarse á los invasores, porque la ciudad no podria ofrecer sino una débil resistencia en el estado actual. Tomada la ciudad, ya no hay que pensar en Echagüe, en Lopez y en Aldao: el poder de Rosas es Rosas mismo; la República es Buenos Aires: ausentemos á Rosas; tomemos posesion de la ciudad, y no hay guerra, Se-

ñor Martigny, ó si la hay será insignificante y por corto tiempo.

—Bien, Señor, raciocináis admirablemente, y me complazco en anunciaros que el jeneral Lavalle tiene la misma opinion que vos, sobre la invasion á Buenos Aires.

—Ya?

—Desde antes de la batalla.

Los ojos de Daniel vertieron relámpagos de alegría.

El Señor Martigny se aprocsimó á una mesa, y, de una papclera de taflete verde tomó un papel, volvió al lado de Daniel, y le dijo:

—Ved aquí, Señor, un extracto de carta del jeneral Lavalle, comunicada á Mr. Petion, jefe de las fuerzas francesas en el Paraná, por el Señor Carril.

“Que su posicion puede llegar á ser muy crítica.—Que los soldados del enemigo son de una fidelidad inconcebible hácia Rosas; que lo sufren todo; y que no hay que contar con una defecion.—Que, por consecuencia, el ejército de Echagüe, que es tan fuerte en número como el suyo, es bastante para ocuparlo; pero que á retaguardia

suya se forma otro ejército, temiendo el quedar de un momento á otro entre las operaciones de ambos.—Que por esto solicita saber de Mr. Petion, si sus buques podrán trasportarlo con dos mil hombres á la otra costa.”

—Y bien,—dijo Daniel,—si esa era la opinion del jeneral Lavalle antes de la batalla, mucho mas lo será despues de ella. ¿ Cree usted que seria fácil combinar la operacion simultánea de que he hablado?

—No solo no es fácil, sino que es imposible.

—Imposible?

—Sí, Señor, imposible. Lo que acabo de leer, la opinion del jeneral, se ha hecho pública, y los orientales amigos de Rivera, que es mas enemigo de Lavalle que el mismo Rosas, hacen valer aquella opinion como una traicion de Lavalle á compromisos que ellos inventan, pues que el verdadero compromiso de todos es el de operar en sentido de la ruina de Rosas. El jeneral Rivera, que no quiere que termine el mal gobierno de la República Arjentina, no solo no consentiria que fuerzas orientales operasen contra Buenos Aires en combinacion con Lavalle, sino que pondria obstá-

culos á la sola invasion de este, si en su mano estuviera.

—Pero están locos, Señor!

Mr. Martigny se encojió de hombros.

—Pero están locos!—continuó Daniel.—¿No sabe el jeneral Rivera que en esta cuestion se juega la vida de su pais mas que la de la República?

—Sí, lo sabe.

—Y entonces?

—Entonces? Eso es menos grave para el jeneral Rivera, que un triufo del jeneral Lavalle sobre Rosas. Es una sision espantosa, Señor, la que hay entre cierto círculo de orientales amigos de Rivera, y la emigracion argentina. Esplotan las susceptibilidades de ese jeneral, le irritan y le escasperan sus amigos; oid este fragmento de carta de un jóven de gran talento pero muy' apasionado en esta cuestion; es una carta al jeneral Rivera:

“Aquí estamos agobiados, y en cierto modo tiranizados, por una reunion de hombres entre los que hay algunos orientales que toleran y autorizan el descrédito del pais en cambio de ensalzar á los *honrados caballeros* que pisan la fé de los tratados y se ocupan en infames seducciones y en desleales

manejos. Esto no es ecsajeracion, jeneral,—nosotros vemos que aquí, el que puede hacerlo, de todo se ocupa, menos del crédito y de los intereses del país.

“Nosotros vemos aquí, que los ajentes franceses no oyen mas que á los arjentinos alborotadores como....&a., y que de nuestra parte no hay nadie que haga ni la tentativa de defender á usted. En fin, jeneral, vemos todo, menos lo que deseáramos. Los que se *irán á vivir á Buenos Aires* son los que dan el tono y la direccion.”

—Vos lo veis,—continuó Mr. Martigny,—los intereses jenerales, lejos de estar asociados en estos paises, están en anarquía permanente, y no hay que contar sino con el esfuerzo parcial de cada fraccion. La Francia, á su vez, se prepara á desentenderse de esta cuestion; las instrucciones que me sirven de regla política, tienen su límite; y toda la confianza que me inspira el talento del Señor Thiers, me la desvanece la situacion de la Francia, que presta toda su atencion á la cuestion de Oriente, al mismo tiempo que la guerra de Africa la distrae de nuevo.

Daniel estaba pálido como un cadáver.

—Pero quién manda en Montevideo, Señor?—  
preguntó el jóven.

—Rivera.

—Sí, Rivera es el presidente, pero está en campaña, hay un gobierno delegado, ¿no manda este gobierno?

—No; manda Rivera.

—Y la Asamblea?

—No hay Asamblea.

—Pero hay pueblo?

—No hay pueblo; los pueblos no tienen voz todavía en la América; hay Rivera; nada mas que Rivera.—Hay algunos hombres de talento como Vasquez, Muñoz &ca., y hay muchas inferioridades que rodean al jeneral Rivera, y hostilizan á aquellos porque son amigos de los porteños.

El telon de un escenario nuevo'se levantaba á los ojos de Daniel. Por su cabeza jamás habia pasado ni una sombra de las realidades que le referia el Señor Martigny. El, cuyo sueño de oro era la asociacion política, como la asociacion en todo; el que hacía poco creía que Montevideo, con todos los hombres que lo habitaban, no encerraba sino un solo cuerpo con una sola alma política para la

guerra á Rosas ; él que creía llegar á una ciudad donde los intereses del pueblo tenían voz mas poderosa que los intereses de caudillo y de círculo, se encontraba de repente con que todas sus ilusiones se evaporaban, y que no debia conservar otra esperanza sobre la ruina de Rosas, que aquella que le inspiraban los últimos esfuerzos que haria el ejército que mandaba el jeneral Lavalle, destinado á convertirse en una cruzada de héroes, ó de mártires.

—Bien, Señor,—dijo Daniel:—yo soy hombre que jamás pierdo el tiempo en discurrir contra los hechos establecidos. Recapitulemos : el jeneral Rivera no quiere marchar de acuerdo con el jeneral Lavalle ; no se podrá conseguir que se efectúe una operacion combinada sobre Buenos Aires ; una batalla se ha perdido ; la opinion del jeneral Lavalle es de invadir la provincia de Buenos Aires ¿ no son estos los hechos ?

—Verdaderamente.

—Entonces, yo os digo que es necesario trabajar en el ánimo del jeneral Lavalle para persuadirle á que invada á Buenos Aires sobre el punto mas próximo á la ciudad ; que marche sobre ella

inmediatamente; que no se distraiga, sino el tiempo necesario en la provincia para deshacer las pequeñas fuerzas que tiene Rosas en ella; que ataque la ciudad y juegue allí la vida ó la muerte de la patria: la reaccion será operada por la audacia misma de la empresa; y yo me comprometo, con cien de mis amigos, á ser de los primeros que salgan á las calles á abrir paso á las tropas libertadoras, ó á apoderarme del parque, de la fortaleza, ó de la plaza que se me indique.

—Sois un valiente, Señor Bello,—dijo Mr. Martigny apretando la mano de Daniel,—pero vos sabéis que mi posicion oficial me impone una circunspeccion tal en estos momentos indecisos, que para una operacion así, solo podria dar mi opinion privada al jeneral Lavalle. Puedo, sin embargo, hacer mas que esto: hablaré con algunas personas de la Comision Arjentina, y si, como ya lo creo, la batalla se ha perdido y el jeneral Lavalle se decide á invadir la provincia de Buenos Aires, yo sostendré con vuestra opinion las ventajas probables de un ataque rápido sobre la capital.

—Eso es todo, Señor, eso es todo; en ella está Rosas, en ella está su poder, en ella están todas

las cuestiones pendientes de la actualidad ; no hay que equivocarse, Buenos Aires es la República Argentina para la libertad como para la tiranía, para el triunfo como para la derrota : subamos un día al gobierno de Buenos Aires, y habremos dado en tierra con el poder de Rosas para siempre.

El Señor Martigny iba á responder, cuando un criado entró á la sala y dijo :

—Los Señores Agüero y Varela.

—Que pasen adelante,—contestó el Señor Martigny.

—Me retiro, Señor,—dijo Daniel.

—No, no, al contrario, os quedareis.

—Una palabra, ante todo.

—Hablad.

—Yo no conozco de estos caballeros, sino el talento ¿conoceis vos su circunspeccion?

—Yo respondo de ella.

—Entonces no hay inconveniente en nombrarme, porque yo me respondo de la seguridad que me dais,—dijo Daniel parándose junto á la chimenea, habiendo acabado de ganarse la voluntad del ajente frances, con la cortesía que encerraron sus últimas palabras.

---

---

## CAPITULO III.

### **Continuacion del anterior.**



OR la primera vez de su vida, Daniel sintió cierta timidez en su espíritu, cierto no sé qué de desconfianza en sí mismo al ver entrar á la sala del Señor Martigny, aquellos dos personajes, cuyos nombres figuraban, uno en todos los grandes acontecimientos ocurridos en la

República desde 1821 hasta 1829, y el otro en los sucesos tan serios de la actualidad; el uno como hombre de Estado, el otro como literato; el uno, encarnacion viva del partido unitario; el otro, término medio entre el partido unitario y la nueva jeneracion que ni era federal, ni unitaria, y á que Daniel pertenecia por su edad y por sus principios.

La tradicion popular por una parte, que siempre agranda los hombres y las cosas á medida que los años pasan; el espíritu de partido por otra parte; la desgracia, en fin, que habia echado por tierra y combatido tantos años ese orgulloso partido creado en el gobierno de Las Heras, organizado en la Presidencia; ilustrado y altivo en el Congreso, y derrotado, sin ser vencido, entre los escombros del templo constitucional que él supo levantar pero no sostener, todo esto contribuia á que los nombres célebres de ese partido circulasen entre la juventud á que pertenecia Daniel, con una superabundancia de ecsajeraciones que hacía reir á los federales viejos, y que heria la imajinacion de los jóvenes, siempre dispuestos á creer las epopeyas y las historias del pueblo desde que ellas glorifican la patria, y heroifican á los que murieron por ella en

el cadalso y en las batallas, ó sufrieron la desgracia santa de la proscripcion, que todo hombre envidia como una gloria, en la edad en que toda desgracia es una corona de poesía para el hombre.

Así los nombres de los viejos emigrados en 1829 en los que figuraban en primer línea los Varelas, los Agüeros, eran los favoritos á la admiracion y al respeto de todos los jóvenes de Buenos Aires, no tanto por lo que habian hecho ya, sino por lo que eran capaces de hacer, segun la opinion popular, llegado el dia de la rejeneracion argentina.

La lejislacion, la literatura, la política, todo tenia sus representantes lejítimos entre los emigrados unitarios; y con el candor característico de su edad, creian los jóvenes que de la boca de aquellos no se desprendia una palabra que no fuese una sentencia, una ley en política, ó en literatura, ó en ciencia: todos deseaban conocer de cerca á esos varones monumentales de la ilustracion argentina, y todos temian, sin embargo, el caso de tener que háberse las con ellos en cualquier asunto que hiciese relacion á los intereses de su pais, ó mas bien, todos temian el tener que pronunciar una palabra delante de ellos, tan persuadidos estaban de su indis-

putable suficiencia.—Tales eran las creencias populares de la juventud argentina á la época de nuestra historia.

Daniel, espíritu fuerte é inteligencia altiva, era de los pocos que no se dejaban arrastrar fácilmente de aquel torrente de opinion; sin embargo, mas ó menos, él estaba seducido como los demas, y no pudo sacudir de su espíritu cierta impresion nueva, avasalladora, puede decirse, al hallarse cara á cara por la primera vez de su vida con el Señor Don Julian Agüero, ministro del Señor Rivadavia, y el Señor Don Florencio Varela, hermano del poeta clásico de ese nombre, y el primer literato del numeroso é ilustrado partido que se llamó unitario.

Daniel miró con una rápida mirada los dos personajes que se le presentaban.

El Señor Agüero, era un hombre como de setenta años de edad, de una estatura regular, no grueso, pero sí fuerte y musculoso. Su color, blanco en su juventud, estaba morenizado por los años. En su fisonomía dura y encapotada, sus ojos se escondian bajo las salientes, pobladas y canas sejas que los cubrian, y uno de ellos especialmente, por un defecto orgánico, quedaba mas oculto que el

otro, bajo su espeso pabellon ; de allí, sin embargo, despedían una mirada firme y penetrante de una pupila viva y pequeña. La frente era notablemente alta, sin ninguna arruga, y de la parte posterior de la cabeza venían á juntarse sobre la frente algunos cabellos blancos como la nieve, que cubrían un poco la parte superior completamente calva.

Tal era todo cuanto pudo la primera mirada de Daniel descubrir en la persona del Señor Agüero, que entró á la sala de Monsieur de Martigny, caminando un poco inclinado hácia la derecha como era su costumbre, vistiendo un levita color pasa abotonado, corbata y guantes negros, con un pequeño baston en su mano izquierda, que no le servía de apoyo, sino de juguete.

El otro personaje, el Señor Varela, se presentó á la mirada de Daniel como el tipo contrario del Señor Agüero : alto, delgado, una fisonomía pálida, animada y franca ; una boca donde la sonrisa constante revelaba la dulzura del temperamento, al mismo tiempo que la espresion injénua del semblante, respondía por la lealtad de esa sonrisa ; ojos pequeños, pero vivísimos é intelijentes ; una fren-

te poco alta, pero bien redondeada, poblada de un cabello oscuro y lacio que caía sobre unas sienas descarnadas, y que mas revelaban las disposiciones del poeta que del político; tales fueron las primeras impresiones que recibió Daniel de la fisonomía del Señor Varela, que entró á la sala perfectamente vestido de negro, y cuyo bien acomodado traje no hacía mas elegante, sin embargo, el cuerpo alto y poco airoso que le dió la naturaleza.

—Señores, —les dijo el Señor Martigny, despues de saludarlos cordialmente,—voy á tener el honor de presentaros un antiguo amigo de todos nosotros, y á quien, sin embargo, no habiamos visto nunca.

El Señor Agüero y Varela miraron á Daniel.

—Es un compatriota vuestro,—dijo el Señor Martigny.

Daniel y los recién llegados se hicieron un saludo. El Señor Agüero no perdió la gravedad de su fisonomía. El Señor Varela, por el contrario, parecia felicitar la llegada de Daniel con su espresiva sonrisa, y dijo :

—Y podremos saber el nombre de este caballero?

—Poco adelantaríaís con eso,—continuó el Señor Martigny,—pero os daré mucha luz preguntándoos, sino habeis visto nunca una escritura de esta forma?

Y el Señor Martigny tomó una carta de su papera y se la presentó al Señor Varela.

—Ah!—esclamó éste,—pasando su mirada vivísima, de la carta á la fisonomía de Daniel.

—El Señor es nuestro antiguo corresponsal,—prosiguió el Señor Martigny,—que por tanto tiempo hemos admirado y deseado conocer.

El Señor Varela dejó la carta y, sin hablar una palabra, se fué á Daniel y lo estrechó largo rato contra su pecho. Cuando se separaron estos dos jóvenes, porque Varela tenia apenas treinta y tres años, sus ojos estaban empañados y sus semblantes mas pálidos que de costumbre:—cada uno habia creído estrechar la patria contra su corazón.

El Señor Agüero apretó fuertemente la mano de Daniel, y fué á sentarse, con su tranquilidad y seriedad habitual, al lado de la chimenea, cerca de la cual tomaron asiento los otros personajes.

—Ha sido usted perseguido?—preguntó á Daniel el Señor Varela.

—Felizmente, no, y mas que nunca estoy garantido actualmente de toda persecucion en Buenos Aires.

—Pero usted ha emigrado?—continuó Varela, mirando sorprendido á Daniel, en tanto que el Señor Agüero miraba el fuego y se golpeaba la bota con el bastoncito que tenia en la mano.

—No, Señor, no he emigrado ; he venido á Montevideo por algunas horas solamente.

—Y se vuelve usted ?

—Mañana sin falta.

El Señor Varela miró á Monsieur Martigny, quien comprendió la mirada, y le dijo :

—No comprendeis, Señor Varela, y eso es bien natural. Yo os lo esplicaré : hace tres dias que recibí una carta de este caballero, anunciándome que hoy llegaria á Montevideo á tener conmigo una conferencia y que se volveria luego : me pedia una seña para hacerse conocer de mí, le mandé la mitad de una carta de visita ; ha cumplido ecsactamente su palabra ; hace una hora que estamos juntos, y mañana parte ; ved ahí todo. Cuando habeis llegado, no he creido deber ocultaros este suceso porque conozco vuestra circunspeccion, y

para daros una prueba del concepto que de ella tengo, os diré que este caballero se llama Daniel Bello. Despues de esta noche todos debemos olvidar este nombre por algun tiempo.

—Señor Bello,—dijo Varela,—hace mucho tiempo que os admiramos; habeis hecho grandes servicios á nuestro pais en la comunicacion continúa y segura que sosteneis con los que trabajan por su libertad, pero el interés que me inspiráis me autoriza para deciros, que correis grandísimo peligro en volver á Buenos Aires despues de haber salido de él, aunque sea por tan pocas horas.

Daniel hizo un jesto, uno de esos movimientos indefinibles de la fisonomía, que equivalen á veces á un discurso elocuente, y en el cual la mirada perspicáz del Señor Varela comprendió que el jóven le decía:

—No me cuido de mí, no hablemos de mí.

—Y bien, qué hay? qué hay? Continúan las persecuciones? Ha habido nuevas víctimas?—preguntó Varela.

—Sí, Señor,—respondió Daniel.

El Señor Agüero volvió sus ojos á Daniel, lo

miró un instante y los volvió á fijar en el fuego de la chimenea.

—Y son quienes, Señor Bello?

—Tened la bondad de leer esta lista,—dijo Daniel entregando un papel al Señor Varela.

Este leyó :

*“Nombres de los individuos que han sido presos en la semana anterior.*

P. Bernal.  
M. Sarratea.  
L. Martinez.  
S. Molina.  
S. Maza.  
Galazada.  
C. Codorac.  
Cornet.  
Dr. Tagle.  
F. Elias.  
S. M. Achabal.  
F. Pico.  
R. Lista.  
S. Raya.  
M. Pineda.

D. Pita.

S. Alvarez.

Viedma.

S. Borches.

S. M. Pizarro.

C. Grimaco.

S. Hesse (ingles).

Chapeaurouge (hamburgues).

Dos sobrinos del difunto Villafañe.

Un fraile dominico. Se le llevó amarrado á la cárcel por haber dicho que el guardian de su convento era tan tirano como Rosas."

—Se dice algo sobre el motivo de esas prisiones?—preguntó el Señor Agüero, luego que el Señor Varela hubo acabado de leer la lista.

—Se habla algo de ajio,—respondió Daniel,—pero el Señor Viñales no era ajiotista,—continuó.

—Viñales?

—Sí, Señor Varela: el anciano Don Martin Viñales, antiguo Alcalde de la Hermandad en Lobos, ha sido fusilado en Buenos Aires el dia 15 del corriente, sin decirse por qué, pero las causas de las prisiones y de ese nuevo crimen las teneis establecidas en toda mi correspondencia desde el mes de

Mayo, porque desde esa fecha, Señores, no lo dudeis, ha comenzado para nuestro país la época que alguna vez se llamará del *terror*; sigue su curso á medida que los acontecimientos políticos siguen el suyo, y dará sus últimos y terribles resultados cuando los sucesos se lo aconsejen á Rosas.

—Luego, está apurado? dijo Varela.

El Señor Agüero meneó afirmativamente la cabeza, sin quitar los ojos del fuego, y haciendo circulitos en el aire con su baston.

Aquella afirmativa no se escapó á Daniel, y dijo:

—No, Señores, el cuerpo político de su gobierno se siente en mayor espacio, y por eso obra en aquel sentido. He llegado á comprender por vuestros periódicos, que estais persuadidos que Rosas hará mayor el número de sus víctimas á medida que sea mayor el peligro que le amenace, y debo deciros que estais equivocados.

El Señor Agüero miró á Daniel: la palabra *equivocados* le sentó mal. El Señor Martigny admiraba cada vez mas en Daniel el tono de firme conviccion con que espresaba sus ideas.

—Pero no es concebible que los triunfos irriten á un hombre,—dijo el Señor Varela.

—Exactamente ; pero si á Rosas no le irritan los triunfos, tampoco le irritan los reveses de su fortuna : es inirritable, Señor Varela. Su dictadura es reflexiva ; sus golpes todos son calculados ; no calcula matar á este ó al otro hombre, pero calcula cuando es necesario que corra sangre, y entonces le es indiferente la clase ó el nombre de la víctima. Bajo este sistema, recordad su conducta despues de tres años y hallareis que durante el peligro jamás ecsaspera á los oprimidos, que se vale de ellos como de otros tantos elementos de solidificacion, y que luego que se ha libertado del riesgo, descarga sus golpes para que no se ensoberbezcan con el apoyo que le han prestado. Asi lo encontrareis antes y despues de la revolucion del Sur, antes y despues de lo mas crítico de la cuestion francesa ; y así lo encontrareis hoy mismo, en que, amagado de un peligro, no hace sino preludiar el golpe formidable que dará si la fortuna lo liberta de él, hiriendo de cuando en cuando alguna cabeza, algun derecho, á medida que de cuando en cuando conquista alguna ventaja en su situacion.

Y á medida que hablaba, decimos nosotros, nuestro Daniel, esa organizacion nerviosa, ese pedernal

que, á semejanza del coronel Dorrego, la discusion era el acero que le arrancaba chispas, iba perdiendo la timidéz que pocos momentos antes lo habia descompuesto algo, y entraba á paso de carrera á reconquistar en la discusion la enerjía de su espíritu y la lucidéz de sus ideas.

—Pero sucede lo contrario de lo que decís,— Señor Bello,—dijo Varela con esa sonrisa amable con que hacia olvidar frecuentemente las heridas en el amor propio ajeno, cuando sus ideas triunfaban.

—Lo contrario?

—Me parece que sí: acaba de dar un golpe de autoridad sobre todos esos ciudadanos respetables que han sido presos; acaba de derramar la sangre de un anciano, y eso, ya lo veis, en los momentos en que su ejército ha sufrido un contraste.

El Señor Agüero movió afirmativamente la cabeza, y se puso á tocar los fierros de la chimenea con la punta de su baston: Varela, uno de los hombres á quien mas quería, acababa, segun él, de tronchar por su base el discurso de ese jóven que se atrevia á pensar de diferente modo que como pensaba el Señor Agüero y el Señor Varela; por-

que, unitarios y federales viejos, todos han sido lo mismo en cuanto á esa ridícula aristocracia con que han querido presentarse siempre ante los jóvenes.

—Conque decis que Rosas ha hecho lo que ha hecho en los momentos de un contraste?

—Claro está,—contestó Varela.

—Pues bien: Rosas ha hecho lo que acabais de saber, en la tarde del día 19, en cuanto á las prisiones, es decir, seis horas despues de haber recibido la noticia del buen suceso de sus armas en el Sauce Grande.

—Pero venís en error, Rosas ha perdido la batalla.

—Conoceis el parte, Señor Varela?—dijo Monsieur Martigny.

—El parte publicado por Rosas?

—Sí.

—Precisamente veníamos á hablar de él. Hace tres horas que lo hemos recibido.

—Y teneis algun documento que lo desmienta?

—Lea, lea usted,—dijo el Señor Agüero, volviendo hácia él su cabeza y haciendo una señal al pecho de Varela.

Este sacó en el acto un papel del bolsillo de su levita, y dijo dirijiéndose á Monsieur Martigny :

—Conoceis el parte ?

—Lo acabo de leer.

—Oid entonces si puede haber una demostracion mas acabada de la falsedad de ese documento, en este artículo que se publicará mañana, y que acabamos de recibir en la Comision.

Daniel y Monsieur Martigny pusieron su espíritu en la mas seria atencion.

El Señor Varela leyó :

—“*Dueño del campo de batalla* :—Esto solo se dice cuando la batalla es en campo raso y no cuando uno es atacado en su propio campo, como Echagüe confiesa que lo ha sido él. ¿No seria ridículo que el jefe de una plaza asaltada dijera que ha quedado dueño del campo de batalla, dada en la misma plaza? *Por segunda vez*. Esto recuerda la primera, Don Cristóval. Entonces dijo: Echagüe que habia vencido y que iba en persecucion. Ahora á los noventa y cinco dias, salimos con que está en el *Sauce*, esto es, á tres leguas de su capital, habiendo de consiguiente retrocedido despues de Don Cristoval; y con que el derrotado y perse-

guido Lavalle, ha ido y lo ha atropellado en sus posiciones. Luego Echagüe mintió al hablar de Don Cristóval.—Y si mintió entonces ¿por qué no ahora?

“Ha vencido, y sin embargo, no sale de sus posiciones ni aun despues de vencer. En efecto, nótese que no dice que vá en persecucion, como era natural. Dice solamente que *espera* acabar con el resto del enemigo. ¿Cómo es esto? Lo quiere mas acabado? Si habla verdad, murieron seis cientos y el resto huye, unos para el Norte y otros para Montiel: esto es, la derrota y dispersion, no puede ser mas completa. Y no obstante, no se atreve Echagüe á *asegurar* que los perseguirá, ni se atreve á decir que ha triunfado *completamente*.

“Segun ese parte, la infanteria de Echagüe no ha cargado; pues no hizo sino dejar acercar á la de Lavalle para aprovechar sus tiros, *como lo hicieron*, y añade, que entonces huyó la de Lavalle. De aquí se deduce primero, que quien cargó fué nuestra infanteria. 2.º Que ni aun despues de huir ésta, cargó la enemiga, ni se atrevió á salir de sus posiciones. 3.º Que no hubo entrevero de infanterías y de consiguiente no pudo ha-

ber mortandad por este motivo.

“Mas si los seis cientos muertos son de caballería nuevas dificultades. Si seis cientos murieron peleando, del enemigo debe de haber muerto igual número y no el que Echagüe dice; pues en un entrevero no hay la menor razon para que caigan mas de una parte que de otra. La mortandad, en estos casos, es en la fuga y dispersion: mas aquí no ha habido persecucion; al menos lo dice Echagüe. Cuando, pues, y como murieron esos seis cientos? Y si murieron en las cargas y entreveros ¿cómo pudieron morir tan pocos de Echagüe? Por lo demás, Echagüe confiesa que el combate de las caballerías fué á retaguardia de él. Atentas sus posiciones, sus zanjones, sus montes, su infantería y cañones, que defienden los pasos, el haber pasado nuestra caballería á retaguardia de él, es una maniobra difícil, sábia y atrevida, que honra al ejército y á su jeneral.

“Ya que Echagüe venció enteramente por el frente con su infantería y artillería, quiere decir que nuestra caballería quedó cortada á su retaguardia: encerrada pues entre la infantería de Echagüe y la costa del Paraná y ademas sableada por la caballe-

ría enemiga, no ha debido escapar uno solo ¿cómo pues, huyen para Montiel? ¿Pasaron por el aire?

“Tomó cien fusiles, ¿cómo los ha de tomar cuando segun su parte, las infanterías no se han entrecorrido, ni la suya se ha movido de sus posiciones? Segun esto, armas de caballería ha debido tomar miles; al menos debió tomar las de los seiscientos muertos. ¿Cómo pues no dice que haya tomado armas de caballería?

“Tampoco dice que haya tomado un solo cañon en la destruccion de la infantería, debió dejar indefensos los cañones: ni caballos, ni carretas, ni nada. Dúcese despues de esto que Echagüe no se ha movido de su posicion despues del combate. Y si no se movió, si no persiguió ¿cómo conciliar esto con una victoria?”

Indecible es la sorpresa que causó á Daniel el ver á aquellos dos tan notables personajes, empeñados en convencerse y en persuadir á los demas, que el jeneral Lavallo no habia perdido la batalla del Sauce Grande, cuando él sabia, á no poder dudar, que el suceso era desgraciadamente cierto, y sobre todo, el verlos empeñados en querer desvanecer un hecho con solo el poder de la argumen-

tacion. Nada de esto era extraño, sin embargo: Daniel no era emigrado; no conocia esa vida de ilusion, de esperanza, de creaciones fantásticas que despotizan las mas altas inteligencias, cuando la fiebre de la libertad las irrita, y cuando viven delirando por el triunfo de una causa en cuyas aras han puesto con toda la fé de su alma, su felicidad, su reposo, y el presente y el porvenir de su vida. Daniel, ademas, no era unitario, usando esta voz como distintivo del partido rivadavista, y no podia comprender todo el orgullo de los miembros de ese partido que no sirvió sino para perderlos. Pero le faltaba oír mas todavia.

—Esto es poco aun,—continuó el Señor Varela,—oid, Señor Martigny, oid, Señor Bello, un fragmento de un diario que se lleva prolijamente en el ejército, y que hace pocas horas acabamos de recibir.

El Señor Varela leyó:

“Dia 14. Las guerrillas fuertes. El enemigo se movió á una distancia de media legua, y desde las cuatro de la tarde lo seguimos con ánimo de batirlo. El jeneral en jefe, el estado mayor y todas las divisiones de caballería, mantienen sus caballos

ensillados, pues todo hace creer que mañana debe darse la batalla. Hemos tenido diez y siete pasados del enemigo.

“Dia 15.—A las tres de la mañana, marchó toda nuestra infantería y artillería, situándose á menos de tiro de cañon de la columna enemiga: antes de asomar el sol, nuestra artillería rompió el fuego sobre las baterías enemigas, y despues de haberles muerto algunos individuos, fueron obligados á abandonar su primera posicion, volviéndose hácia su retaguardia. Nuestra línea de batalla estaba ya formada, pero este movimiento del enemigo ha hecho que la batalla se demore hasta mañana, pues siempre se mantienen encerrados entre zanjones impasables. Creímos que hoy seria un dia de victoria, lo será mañana.

“Dia 16.—El fuego de nuestra artillería de ayer duró mas de media tarde. Hubo una junta de guerra, y resultó que debiamos batirlo hoy en sus mismos atrincheramientos. Desde anoche lo pasó el ejército con la línea de batalla formada, esperando la aurora, que llegaba demasiado tarde.

“Amaneció por fin, pero el cielo estaba nublado, no se distinguía á distancia de cien pasos. Luego

que aclaró un poco, se avivó el fuego de las guerrillas, y á eso de las nueve y media de la mañana se replegó cada una á su respectiva línea, y se anunció el combate por un cañoneo de nuestra artillería; la enemiga, contestaba con una sostenida enerjía. Veinte piezas de artillería de ambas partes se contestaban sin interrupcion.

“Llegó el momento de que nuestra caballería cargase, y lo hizo con el mayor denuedo, pero el enemigo estaba guardado por zanjones insuperables. El escuadron Yeruá, el Cuyen, el Maza y otros, atropellaron tres zanjones, de donde casi tenían que salir uno á uno los caballos, y cargaron al enemigo lanceándolo por la espalda, como lo hizo el bravo comandante Saavedra, y Baltar que manda el Cuyen.

“El comandante D. Zacarías Alvarez que mandaba el escuadron Maza, quedó muerto en esta terrible carga, y nuestra caballería tuvo que retroceder á los obstáculos del terreno y al sostenido fuego de artillería ó infantería que recibia de atras de los zanjones.

“Nuestra artillería seguia sus fuegos siempre con éxito, pero nada se adelantaba, y el valiente

oficial de artillería, Don Jacinto Peña, tuvo la desgracia de que se inutilizase una de las dos piezas de mas alcance.

“Nuestra infantería avanzó á bayoneta calada, pero tuvo tambien que retroceder porque le fué insuperable el obstáculo de las grandes zanjas de que estaba rodeado el enemigo.

“En fin, el fuego duró desde las nueve y media de la mañana hasta mas de las cuatro de la tarde, en cuya hora se dispuso que marchásemos á Punta Gorda, tanto para remediar los daños de la artillería, como para que se nos reuniesen algunos dispersos que se habian separado en las diferentes cargas que se dieron. Nuestro ejército está entero y lleno de entusiasmo, y el enemigo permanece siempre en su escondrijo, donde no ha hecho mas que sostenerse amparado de zanjones, y su caballería ha fugado la mayor parte.

“Tenemos solo el sentimiento de que habrá pasado Echagüe el parte de que ha ganado una batalla, como es de su costumbre, pero no se pasarán muchos dias sin que tenga un desmentido elocuente.

“El valor de todos los individuos del ejército no

se puede espresar; era preciso haber estado en el combate.”

—Siguen ahora algunos detalles personales,—dijo el Señor Varela despues de concluir la lectura del diario.

Un momento de silencio reinó en la sala. Daniel lo interrumpió, diciendo:

—Y bien, Señor Varela?

—Y bien qué?—dijo inmediatamente el Señor Agüero haciendo un movimiento de hombros que marcaba bien su disgusto, con un poco de impertinencia.

—Quise decir, Señor,—respondió Daniel, dominando su fisonomía con su poderosa voluntad para no dar á conocer en ella la impresion que le habia hecho la súbita pregunta del Doctor Agüero, y para conservar el aplomo necesario cuando se hablaba con personajes tan distinguidos por su inteligencia, y con quienes todo hacia comprender al jóven que se iba á entrar en una arriesgada polémica,—quise decir, Señor, que no comprendo la deducccion que se saca de los dos documentos que se acababan de leer.

—Es bien clara, sin embargo,—respondió el Señor Agüero.

—Puede ser, Señor, pero repito que no la comprendo.

—Todo esto, mi querido Bello,—dijo el Señor Varela, apresurándose á tomar parte en la conversacion,—nos hace creer, casi positivamente, que la batalla no ha sido ganada, ni por el uno, ni por el otro; esto cuando menos.

Daniel se mordió los labios.

—Señores,—dijo, parándose, poniéndose de espaldas contra la chimenea, sus manos á la espalda, y paseando sobre todos su mirada tranquila pero brillante.—Señores, la batalla la ha perdido el jeneral Lavalle. Yo no comprendo que importe menos que un triunfo para el jeneral Echagüe, la retirada de nuestro ejército de las posiciones que ha ocupado por tanto tiempo, en el dia mismo de la batalla. No querramos con argumentaciones destruir los hechos; evitemos el medir los acontecimientos por los deseos que nos animan. Desgraciadamente yo estoy convencido de lo contrario que vosotros; pero convendré, si lo quereis, en que

nuestras armas están vencedoras, tanto mejor. ¿Pero creéis como yo que la actualidad reclama la rápida invasion del jeneral Lavalle sobre la provincia de Buenos Aires? Si lo creéis, Señores, hé aquí entonces lo único que debe ser hoy en cada hora, en cada instante el móvil privilegiado del pensamiento de todos: pensar el modo de que nuestras armas obtengan un prócsimo triunfo de esa invasion, sea que ellas pisen la provincia victoriosas, ó derrotadas. Si no sois vosotros, no sé quienes puedan tener influencia hoy en las resoluciones del jeneral Lavalle, y pues que de esta campaña depende la vida de nuestra patria, yo creo que no perdereis un momento en poner en accion vuestra alta intelijencia, en el sentido que la actualidad lo reclama. Perdonad, Señores, que os hable así, pues debeis creer que solo el sentimiento de la patria me dá el valor necesario para emitir una opinion delante de vosotros.

El Señor Varela estaba encantado, sus ojos y su fisonomía tan dulce y espresiva reflejaban la admiracion y el contentamiento, mas por la animacion y la elocuencia de su jóven compatriota, que por la novedad de sus idcas.

El Señor Martigny se estregaba las manos, contento íntimamente.

El Señor Agüero habia alzado dos veces su alta frente para mirar aquel jóven que no era unitario y que osaba emitir tan libremente sus opiniones, marcándole, al parecer, la línea de conducta que le convenia seguir.

—Señor Bello,—dijo Varela,—el jeneral Lavalle obra en campaña segun sus ideas; segun sus planes militares ¿qué quiere usted que le digamos nosotros desde aquí?

—Oh, Señor, las guerras mas complicadas del mundo, las campañas mas difíciles y peligrosas se han concebido y dirijido muchas veces desde el fondo de los gabinetes, por hombres que jamás tuvieron en sus manos otra cosa que una pluma,—respondió Daniel dudando que la contestacion del Señor Varela tuviese alguna reserva que ignoraba y le convenia saber; y no se equivocó.

El Señor Varela, en cuya alma no habia sino sinceridad y franqueza, dijo con una espresion de injenuidad tocante:

—Cierto, mi querido, cierto; pero el jeneral Lavalle obra por sí, por sí únicamente.

Daniel llevó su mano derecha á la frente, y cerrando sus ojos, se estregó dos ó tres veces las sienas.

Varela comprendió perfectamente lo que pasaba en aquel momento en el espíritu del jóven, y se apresuró á decirle:

—Cualquiera que sea el plan de campaña del jeneral Lavalle en la provincia de Buenos Aires, su triunfo es infalible: no hallará resistencia porque todo el mundo volará á su encuentro. El triunfo es nuestro, no lo dudeis ¿es posible concebir que todo el mundo no se levante contra Rosas, en la campaña y en la ciudad, en el primer momento que tengan el apoyo de nuestro ejército? Vos que llegais de Buenos Aires ¿no creéis que el pueblo entero vá á reventar entre sus brazos el poder de Rosas, no bien se haya sentido la marcha del jeneral Lavalle.

—No, Señor, no lo creo,—contestó Daniel con una admirable seguridad.

El Señor Agüero alzó la cabeza y miró á Daniel.

El Señor Martigny miró á Varela como diciéndole.

—Contestad, Señor.

—Pero lo que decís, Señor Bello,—respondió Varela algo sério,—es incompatible con el patriotismo de nuestros compatriotas, y sobre todo con la situación terrible que pesa sobre ellos; y de que desean libertarse.

—Señor Varela, yo creo que voy á tener el disgusto de dejaros recuerdos desagradables míos, pero prefiero esto á la lijereza de hablar lo que no es cierto, en asuntos tan graves ¿me permitireis que os diga la verdad aun cuando ella lastime vuestras mas bellas esperanzas?

—Hablad, Señor Bello.

—Pues bien, Señor, en nuestro Buenos Aires no se moverán los hombres, sino cuando sientan, positivamente hablando, el ruido de las armas libertadoras, contra las puertas de sus casas, ó cuando un centenar de hombres decididos, que puede haber quedado aun, vaya de casa en casa sacando por fuerza á los ciudadanos para que contribuyan á la defensa de ellos mismos y de su patria.

—Oh, pero eso es increíble, Señor,—replicó Varela, mientras que el Señor Agüero hacia violen-

tos círculos con su baston, siendo ya su impaciencia mas poderosa que su sangre fria.

—Es increíble, y sin embargo, es cierto,—prosiguió Daniel,—pero la esplicacion de este fenómeno moral, no la busqueis, Señor Varela, no la busque nadie que desee encontrarla, en el mas ó menos alto grado de pátriotismo, en el mas ó menos valor, no; ni la organizacion de nuestros compatriotas se ha modificado, ni ha dejenerado su espíritu todavía; pero hay otra causa que los tiene quietos bajo la dictadura, y que los hace impotentes para la libertad ¿sabeis cual es, Señor Varela?

—Proseguid, Señor.

—El individualismo; esa es la causa de que os hablo. Veo que el Señor Agüero se sonríe, pero es en mí tan profunda la conviccion de lo que os digo, que arrostro tranquilo el reproche de esa sonrisa.

—Usted se equivoca, Señor, no es un reproche,—dijo el ministro de la Presidencia.

—Me lisonjeo de ello, Señor Doctor Agüero.

--Proseguid, proseguid,—dijo prontamente el nervioso Varela.

—El individualismo, no trepido en repetirlo,

esa es la causa de la inaccion de nuestros compatriotas. Rosas no encontró clases, no halló sinó individuos cuando estableció su gobierno; aprovechóse de este hecho establecido, y tomó por instrumentos de esplotacion en él, la corrupcion individual, la traicion privada, la delacion del doméstico, del débil y del venal, contra el amo, contra el fuerte y contra el bueno. Fundó de este modo el temor y la desconfianza en las clases aparentemente solidarias, y hasta en el recinto mismo de la familia. Un hombre en Buenos Aires desconfia de todos, porque en ninguno tiene confianza; y al andar que han tomado los sucesos en este año, antes de poco hemos de ver relajados tambien los vínculos de la naturaleza, y que el hermano teme del hermano, y el esposo hasta de las confianzas con la esposa. Se tirará un cañonazo en nuestra fortaleza; se tocará la campana de alarma; se gritará; muera Rosas! en la plaza de la Victoria; y cada ciudadano se dejará estar en su casa esperando que su vecino salga el primero para ver si es cierta la novedad que ocurre.

El Señor Varela se pasó las manos por la cara.  
—Os aflijís, Señor?—prosiguió Daniel despues

de un momento de silencio,—es natural porque teneis un corazon muy noble y muy patriota, pero dejemos el corazon y recurramos á la inteligencia solamente: ella nos dice, Señor, que cuanto os acabo de referir, no es otra cosa que una consecuencia de causas muy anteriores á Rosas, encarnadas en la sociedad en que hemos nacido, y á las cuales no dieron atencion nuestros primeros médicos políticos. Desviémonos de esto, sin embargo, y decidme si despues de lo que acabais de oir podremos tener esperanzas de esa cooperacion súbita del pueblo de Buenos Aires, cuando el jeneral Lavalle haya desembarcado en la provincia? Yo ya he tenido el honor de decir mis ideas al Señor Martigny á este respecto.

—Repetídmelas, amigo mio—dijo el Señor Varela.

—En bien pocas palabras, Señor: Si el jeneral Lavalle se distrae en el interior de la provincia, corre un gran riesgo su empresa; si se viene inmediatamente sobre la ciudad, si la ataca, si busca el combate á muerte con Rosas en las mismas calles de Buenos Aires, tiene entonces toda la probabilidad del triunfo, primero: porque Rosas no

tiene un ejército de línea en la ciudad, segundo: porque la sorpresa y la presencia de los libertadores provocará la reaccion pública desde que cada hombre vea, á no dudarlo, que allí está Lavalle y que no tiene para reunírsele el peligro de la delacion y el aislamiento. Y si esta operacion puede ser combinada con un desembarco simultáneo, de orientales, ó de argentinos emigrados, la probabilidad del triunfo asciende entonces al grado de certidumbre. Ved ahí mis ideas, Señor, ved ahí el objeto principal de mi viaje: revelaros la situacion de nuestro pais, desvaneceros muy bellas esperanzas, dándoos en cambio hechos y seguridades importantes. Ahora, yo me vuelvo á mi Buenos Aires á que los sucesos me aconsejen la conducta que yo y algunos pocos amigos debemos seguir en ellos. Quizá no nos volveremos á ver . . . ¡quien sabe! La vida de nuestra patria está en su momento de crisis: si triunfan nuestras armas, seré el primero, Señor Varela, en daros un abrazo; si son desgraciadas nos veremos alguna vez en el Cielo;—dijo Daniel con una sonrisa llena de candor, que no pudo, sin embargo, cubrir la melancolía que bañó en ese momento su semblante.

El Señor Varela estaba conmovido. .

El Señor Agüero, pensativo.

El Señor Martigny se levantó y tocando suavemente el hombro de Daniel, le dijo :

—Si la providencia no quiere separar sus ojos de vuestro bello pais, vos vivireis mucho tiempo, Señor, porque vuestra cabeza le hace falta.

—Sin embargo, temo mucho que Rosas dé con ella,—dijo Daniel sonriendo, apretando la mano de Monsieur Martigny, y preparándose á retirarse.

—Nos volveremos á ver mañana, á todas horas?—dijo el Señor Varela tomando la mano de Daniel.

—No, no conviene que nos volvamos á ver: creo poder ser útil todavía, y quiero conservarme. Mañana á las ocho de la noche haré una visita que me falta hacer, y al salir de ella, saldré tambien de Montevideo. Pero nos veremos en Buenos Aires.

—Sí, sí, en Buenos Aires,—dijo el Señor Varela abrazando fuertemente á Daniel.

Varela lo habia comprendido, pensaba como él, y aquellas dos almas, grandes y jencrosas, parecian querer anudarse para siempre en ese abrazo

sincéro, dado en medio de la vida, de la desgracia, y de las esperanzas.

—Adios, pues,—dijo Varela—¿nuestra correspondencia siempre del mismo modo?

—Siempre. Adios, adios, Señor Doctor Agüero; hasta Buenos Aires!

—Adios, Señor Bello, hasta Buenos Aires,—repetió el adusto anciano apretando fuertemente la mano de Daniel, que pasó en seguida á la antecámara acompañado de Monsieur Martigny.

—Pero nosotros nos volveremos á ver?—dijo éste á Daniel, que tomaba su leviton, su capa de goma y sus pistolas.

—Tampoco, mi querido Señor. Sabeis ya todo cuanto hay que saber de Buenos Aires en este momento. Conoceis ya el terreno, desenvolved, pues, vuestra política, segun os lo aconseje vuestra posicion y vuestros nobles deseos. Mi correspondencia será ahora mas prolija que antes.

—Sí, sí, por dias, si es posible.

—No perderé ocasion. Tengo ahora que pedir un servicio.

—Pedid lo que querrais, amigo mio,—dijo con prontitud el Señor Martigny.

—Que mañana me mandeis una carta de introduccion para el Señor Don Santiago Vasquez.

—La tendreis sin falta. ¿Donde vais á parar?

—A la Fonda del Vapor, donde tendreis la bondad de darme un criado que me conduzca.

—Al momento.

--Pero es necesario que prevengais al Señor Vasquez, á fin de que me espere solo á las ocho de la noche.

—Bien, lo haré, y así lo hará él tambien. Pedidme mas.

—Un abrazo, Señor Martigny, porque, no os riais de lo que voy á deciros: me parece que estoy viendo por última vez en el mundo á las personas con quienes hablo en Montevideo.

—Oh!

—Supersticion, poesía de los veinte y siete años de la vida, quizá....adios, adios Señor Martigny!

Y Daniel pasó al patio donde el distinguido y jeneroso Ajente de la Francia, en 1840, dió orden á un criado de conducir hasta la Fonda del Vapor al caballero que salia, volviendo él al salon donde

lo esperaban, ajitados por diversas, pero igualmente fuertes impresiones, los Señores Agüero y Varela, despues de la conferencia con aquel jóven que parecia comprenderlo todo, dominarlo todo, y aventurarlo todo.







## CAPITULO IV.

### **Indiscreciones.**



El café de *Don Antonio* era la bolsa política de Montevideo en 1840, desde las siete hasta las once de la noche, en cuyas horas se sucedían dos jéneros de concurrentes: unos que iban de las seis á las ocho de la noche, á hablar de política y tomar café; otros

de las ocho á las once, á hablar de política, jugar y cenar.

En esa época,—la época de oro de Montevideo,—parecía que el metal precioso pesaba demasiado en el bolsillo de los habitantes de la capital oriental, que buscaban un lugar cualquiera donde ir á derramarlo con profusion, quedando tan tranquilos en las pérdidas como en la fortuna, pues todos sabían que la bolsa que hoy se agotaba, se llenaba mañana sin gran trabajo, en esos días del movimiento y de la riqueza de Montevideo.

A las siete de la noche del día siguiente á aquel que ha pasado ya por nuestra pluma, el café de *Don Antonio*, estaba cuajado de concurrentes, siendo la mayor parte de ellos jóvenes argentinos y orientales que iban allí á tomar su café, á hablar de política, y pasar en seguida á sus visitas diarias, al teatro, al baile, contentos los primeros con la esperanza de estar al siguiente mes en Buenos Aires; y mas contentos los segundos, con estar en su patria, muy convencidos de que de ella no les arrojaría jamás al vendaval de las revoluciones, que estaba azotando con sus alas frenéticas las nubes que se amontonaban sobre la frente del Plata, prontas

á precipitar, mas ó menos tarde, su abundante lluvia de lágrimas y sangre.

Pero todo esto no se veía entonces. La ciudad oriental estaba en sus quince años; bella, radiante, envanecida, su vida era un delirio perpétuo, jugando entre el jardín de sus esperanzas, cubierta con las lujosas galas de su presente. Pisando sobre el oro, deslumbrada con el mar de grana en que mostrábase su aurora sobre el magnífico horizonte que la circundaba, sus oídos parecían no buscar otra cosa que el canto de los poetas, y los halagos sinceros de sus envanecidos hijos; porque la verdad filosófica, esa triste verdad que descarna la vida social para encontrar en la sávia de la ecsistencia los principios de la vida futura, era demasiado severa, demasiado dura para entrar al oído de la juventud, que cantaba, llena de esa noble presunción de la edad primera de los pueblos:

Si enemigos la lanza de Marte,  
Si tiranos de Bruto el puñal.

En un ángulo del gran salón del café, dos hombres ocupaban una pequeña mesa.

El uno, cubierto con una capa de goma, cuyo alto cuello le cubría hasta las orejas, á la vez que

su sombrero tocaba con las cejas, tomaba una taza de té, dando la espalda á la pared y su rostro al centro del salon.

El otro, con gorra, y un capote de barragan azul, tenia por delante un gran vaso de ponche, y se entretenia en esprimir las rebanadas de limón con la pequeña cuchara de platina.

Ninguno de esos dos personajes se hablaba una palabra.

A derecha é izquierda de ellos habia varias mesas ocupadas todas por hombres que jugaban al dominó, que tomaban café, ó fumaban y conversaban solamente.

De estos últimos eran cinco individuos que estaban á dos pasos de los primeros que hemos descrito.

De repente abrióse la puerta del café y cuatro personas entraron al salon.

Los ojos del personaje de la capa de goma radiaron de alegría.

—Alberdi, Gutierrez, Irigoyen, Echeverria,— dijo aquel individuo, siguiendo con los ojos á los cuatro que acababa de nombrar, no saciándose de mirarlos.

—Los conoce usted, Señor Don Daniel?—le preguntó el hombre de la gorra.

—Oh, sí, sí, y crea usted Mr. Douglas, que pocos esfuerzos mas violentos he hecho en mi vida, que el que hago en este instante sobre mí mismo para contener mi deseo de abrazarles.

—Diablo! Déjese usted estar; acuérdesese usted que esta noche nos vamos y....

—Esté usted tranquilo,—dijo Daniel alzándose los cuellos de su capa para cubrirse mas el rostro

Mr. Douglas iba á hablar, cuando hízole Daniel una seña de silencio. Uno de los cuatro hombres que estaban fumando en la mesa á su derecha, acababa de decir:

—Son porteños.

Daniel siguió tomando su té aparentando no dar la mínima atencion á lo que se hablaba.

—Y qué necesidad tiene usted de decirnos que son porteños? ¿Hay acaso otra cosa que ellos en todas partes?—dijo otro de los individuos!

—Por ellos vivimos como vivimos.

—Cabal.

—Que no nos entendemos.

—Deje que venga el viejo,—dijo un militar de vigotes canos.

—Sabe usted á quien llama *el viejo*, Mr. Douglas?

—A Rivera.

—Qué tenemos nosotros que ver con Rosas?—dijo otro.—Si no fuera por ellos no estaríamos en guerra, porque á nosotros no es á quienes busca Rosas.

—Cabal.

—Ellos no mas, con los franceses, son los que meten toda esta bulla, y despues se han de ir á vivir á su tierra y nos han de dejar en el pantano. Porteños al fin! Si no los hubieran dejado entrar nunca, viviríamos mucho mejor. Pero el viejo, el viejo es quien tiene la culpa de todo esto.

—Así le han dado el pago! Véalos ahora, están furiosos con él, porque no pasa el Uruguay y se vá á hacer matar por ellos.

—Era lo que faltaba!

—Y ahora dicen que los franceses reclaman los cien mil pesos que le dieron para que pasase.

—Sí, yo les habia de dar cien mil pesos!

—No pasó porque, mire usted, hizo muy bien

en no pasar, porque con los porteños nadie puede entenderse, y el viejo no habia de ir á ponerse á las órdenes de Lavalle.

—Claro está.

—Y ahora ya saben la falta que les ha hecho. Se los ha llevado el diablo en el Sauce Grande

—Sí, pero todos estos de aquí han de decir que es mentira.

—Cabal, como se han hecho dueños de la prensa!

—Yo habia de ser el Gobierno, y habian de venir á escribir diarios!

—Pero como tienen quien los proteja!

—Como Vasquez, por ejemplo.

—Y como Muñoz, y muchos otros.

—Por supuesto, orientales en el nombre!

—Si se han criado entre ellos!

El diálogo de los cinco personajes continuó, poco mas ó menos bajo ese mismo espíritu.

Daniel estaba absorto. De cuando en cuando miraba á Mr. Douglas que entendia y hablaba perfectamente el español, y el buen escocés, contrabandista de emigrados y que residia indistintamente en Buenos Aires ó Montevideo, se reía de la admiracion de Daniel y tomaba su ponche.

—Solo Vasquez puede enderezar esto,—dijo á otro un individuo que tomaba café en una mesa á la izquierda de Daniel.

—No, ni Vasquez, ni nadie, porque la causa del mal está en Rivera,—le contestó su interlocutor.

—Pero á lo menos la Asamblea.

—Y no sabe usted que los partidarios personales de Rivera, se oponen á las elecciones, so pretexto de que no deben hacerse sin estar él aquí?

—Ya lo sé, pero el gobierno los vencerá y las elecciones tendrán lugar.

—Esto es peor que lo otro, porque vendrá el conflicto, nuevas disidencias nuevos enconos de partido, y entretanto los blancos se ríen, mientras nosotros nos anarquizamos en nuestro partido, nos peleamos con los argentinos, cuya causa nos es común, nos indisponemos con los franceses, y en todo y para todo perdemos tiempo, dinero y amigos. Mientras Rosas marcha adelante, y los blancos esperan.

—Gracias á Dios que oigo un hombre racional!—dijo Daniel.

—Pero aquí hay mas que espíritu de partido,—dijo el jóven conversando consigo mismo,—aquí

hay espíritu de rivalidad nacional ¿y por qué? probablemente no hay por qué,—se respondió Daniel que, como todos los hijos de Buenos Aires, jamás había oído en su país hablar de Montevideo sino como se habla de cualquiera de las provincias ó de las Repúblicas hermanas: siempre con los mejores deseos por la felicidad de sus hijos, y sin el mínimo espíritu de zelos ó de encono.

—Pero en qué momento pasan estas cosas!—se decía Daniel.—En este drama hay alguien que no lo entiende, y es probable que ese soy yo, porque no me atrevo á decir que son los otros.

—Vamos, Mr. Douglas, van á dar las ocho de la noche,—dijo mirando la gran péndola del café.

Pero antes de dejar aquel lugar, en que según sus matemáticas, acababa de ganar algunos desengaños mas, miró uno por uno, con los ojos enternecidos, y el corazón desconsolado, sus cuatro amigos que quedaban hablando de la patria sin sospechar que había allí uno que corría por ellos y por todos, en la orilla del resbaladizo precipicio, en que estaban luchando brazo á brazo en ese instante la libertad y la tiranía, la prosperidad y la ruina de dos pueblos dormidos, el uno bajo el so-

por de la desgracia, el otro bajo el beleño de una transitòria pero halagüeña felicidad; dormidos al arrullo de las salvajes ondas del gran rio cuyo rumor debía pasar inapercibido en una prócsima decada, ahogada su poderosa voz por el estrépito de la pólvora, por el grito terrible del combate, y por el quejido lastimero de una sociedad espirante.





## CAPITULO V.

### Monólogo en el mar.



LAS diez de la noche, la ballenera de Mr. Douglas, partía como una flecha, ó mas bien, se deslizaba como un pájaro acuático sobre las olas de la hermosa bahía de Montevideo; y á las once se habia perdido á la vista de los buques mas lejanos del puerto, sumerjida allá entre

el horizonte lejano del gran río, alumbrado por los rayos de plata que vertía de su tranquila frente la huérfana viajera de la noche.

Envolto en su capa, reclinado en la popa de la ballenera, Daniel, ya no fijaba sus ojos impacientes en la joven ciudad de la orilla setentrional del Plata, como lo había hecho veinte y cuatro horas antes: los tenía fijos en la bóveda azul del firmamento, sin ver, sin embargo, los vívidos diamantes que la tachonaban, abstraído su espíritu en las recordaciones de su corta pero aprovechada residencia en Montevideo.

—Restemos, porque la política tiene también sus matemáticas,—se decía á sí mismo.

—Restemos.

—Creí encontrar asociados en Montevideo todos los intereses políticos de la actualidad, y los encuentro en anarquía:—gano un desengaño.

—Creí hallar que el pueblo era más poderoso que las entidades que lo mandan; y encuentro que aquí el pueblo tiene también su caudillo, no sanguinario como Rosas, pero que al fin hace lo que quiere, y no lo que conviene al pueblo:—gano otro desengaño; y ya son dos.

—Pensé que los viejos unitarios eran hombres prácticos, en quienes la ciencia de los hechos y de las altas vistas, dominaba su espíritu; y hallo que son hombres de ilusiones como cualesquiera otros, ó mas bien, con mas ilusiones que los demas:—gano otro desengaño, y ya son tres.

—Creí que ellos me enseñarian á conocer mi pais, y veo que yo lo conozco mejor que ellos:—otro desengaño, y ya son cuatro.

—Creí que el jeneral Lavalle y la Comision Argentina obraban de acuerdo; y veo que cada uno marcha por donde puede:—gano otro desengaño, y ya son cinco.

--Malo! son muchas ganancias para que no me vuelva loco, ó me lleve el diablo.

--Clasifiquemos.

--El Señor Martigny, hombre de talento, corazon francés, lleno de entusiasmo por nuestra causa, pero jira en el círculo estrecho de sus instrucciones, y desconfia de su gobierno.

—El Señor Agüero, no ha hablado nada y me ha dicho mucho: es poco flecsible para la democracia, y demasiado sério para la libertad. Los años del destierro habrán pasado muy lentos por su co-

razon; pero los años del pueblo han pasado como un relámpago por su intelijencia, y no ha visto que otra jeneracion se ha levantado en los catorce años que cuenta ya la caida de la Presidencia.

—El Señor Varela, espíritu fecundo, activo; intelijencia de concepciones rápidas; corazon injénuo y apasionado; vida colocada en los límites de dos jeneraciones totalmente diferentes en sus tendencias; y de las miras de una y de otra, podrá venir á ser el contemporizador algun dia. Si él se separara de los principios de la nueva jeneracion, seria necesario conquistarlo, porque su conquista seria un triunfo.

—Veamos de otra parte :

—Don Santiago Vasquez; no olvidaré jamás nuestra conversacion de esta noche; es una gran cabeza; si la República Oriental llegase á poseer alguna vez media docena de hombres como ese, podria decir entonces que tenia cuanto le era necesario para constituir un gran todo, de tantos elementos que la naturaleza y la revolucion le han dado, y de que todavía no ha sacado partido.

—Qué puedo deducir de nuestra entrevista? Que Vasquez no está en su centro; que sus vistas

son demasiado estensas para que puedan caber en el estrecho círculo de los pequeños partidos que se han empeñado en amontonar obstáculos donde mas tarde ha de tropezar el progreso de este bello pais. Que él trabaja por la unidad de intereses políticos entre las Repúblicas Oriental y Argentina, y sus enemigos le hostilizan y le separan de los negocios, so pretesto de que es amigo de los porteños.

—Su modo de definir al general Lavalle es nuevo para mí, y me dá mucha luz sobre cosas que no podia explicarme: Lavalle es valiente, caballerzco, desinteresado, pero no tiene las calidades necesarias, dice, para estar al frente de los sucesos de la época. Le falta perseverancia en sus combinaciones, y le sobra suceptibilidad cuando sus amigos quieren darle un consejo, ó memorarle una línea de conducta; su espíritu altivo se resiente entonces de que lo quieren gobernar, y obra luego por sí solo y bajo la inspiracion de sus ideas; los obstáculos le irritan, y cuando no puede vencerlos en el momento al golpe de su fuerte espada, cambia de ideas y de plan, separándose rápidamente del obstáculo, sin pensar en las consecuencias de tal conducta.

—Ahora me esplico muchas cosas, especialmente las palabras de Varela: “Lavalle obra por sí mismo.”

—Bien, ya están hechas mis cuentas ¿he ganado, ó perdido? He ganado; pues en política un hombre está en pérdida cuando tiene ilusiones; me he desengañado de muchos errores y he ganado muchas verdades: les he pintado la situacion de Rosas, ellos me han dibujado la situacion de sus enemigos. Ahora, Dios nos proteja, porque espero muy poco de los hombres!.....

.....

—Sí; Dios nos proteja!—dijo despues de algunos minutos de silencio, en que sus ojos habian estado estasiados en el firmamento bordado con su luna y sus estrellas, y en que sus ideas parecian que habian tomado diferente rumbo en aquella alma espontánea, impetuosa y al mismo tiempo tierna y sensible; y despues de esa exclamacion, continuó, en el silencio de su pensamiento, reclinada su cabeza en la popa de la ballenera, y fijos sus ojos en la bóveda espléndida del Cielo:—Dios, que es la sabiduría y la unidad del Universo.

—Dios que sostiene pendientes en las hebras impalpables de su voluntad soberana esos mundos espléndidos que jiran, como chispas de su intelijencia, sobre esa bóveda infinita y diáfana que parece formada con el aliento de los ánjeles.

—Eternos como la mirada que los ilumina, esos ástros verán alguna vez sobre estas olas, la realizacion de los bellos ensueños de mi mente! Sí. El porvenir de la América está escrito sobre las obras de Dios mismo: es en una magnífica y espléndida alegoría, en que ha revelado los destinos del Nuevo Mundo el gran poeta de la creacion universal.

—Esas inmensas praderas donde brota una flor de cada gota de rocío que cae en ellas.

—Estos rios inmensos como el mar, que se cruzan como arterias del cuerpo gigantesco de la América, y refrescan por todas partes sus entrañas, abrasadas con el fuego de sus metales.

—Esos espesos bosques donde la salvaje orquesta de la naturaleza está convidando á la armonía del arte y de la voz humana.

—Esta brisa suave y perfumada que pasa por la frente de estas rejiones como el suspiro enamorado del jenio protector que las vijila.

—Estas nubes matizadas siempre con los colores mas risueños y suaves de la naturaleza.

—Sí; todos esos magníficos espectáculos son palabras elocuentes del lenguaje figurado de Dios, con que revela el porvenir de estas rejiones.

—Las jeneraciones se suceden en la humanidad, como las olas de este rio, inmenso como el mar.

—Cada siglo cae sobre la frente de la humanidad como un torrente aniquilador que se desprende de las manos del tiempo, sentado entre los límites del principio y el fin de la Eternidad: se desprende, arrasa, arrebatada en su cauce las jeneraciones, las ideas, los vicios, las grandezas y las virtudes de los hombres, y descende con ellos al caos eterno de la nada. Pero la creacion, esa otra potencia que vive y lucha con el tiempo, vá sembrando la vida donde el tiempo acaba de sembrar la muerte.

—Ese torrente indestructible arrebatará de las riberas de este rio esta jeneracion amasada con el polvo, la sangre y las lágrimas de ella misma. Vendrá otra, y otra, y otra, como las olas que se van sucediendo y desapareciendo á mis ojos.

—Vendrán.

—Cada pueblo tiene su siglo, su destino y su imperio sobre la tierra. Y los pueblos del Plata tendrán al fin su siglo, su destino y su imperio, cuando las promesas de Dios, fijas y escritas en la naturaleza que nos rodea, brillen sobre la frente de esas jeneraciones futuras, que verterán una lágrima de compasion por los errores y las desgracias de la mía.

—Sí, tengo fé en el porvenir de mi patria. Pero se necesita que la mano del tiempo haya nivelado con el polvo de donde hemos salido, la frente de los que hoy viven.

.....

.....

—Sí; tengo fé; pero fé en tiempos muy lejanos de los nuestros. Patria! patria! la jeneracion presente no tiene sino el nombre de sus padres!

—Y tú, Florencia, ídolo amado de mi corazon; tú, ángel conciliador de mi alma con la vida, de mi corazon con los hombres, de mi destino con mi patria; tú, hebra de luz que me pones en relacion con Dios, estendida desde el Cielo al lodo terrenal en que me ahogo; tú, tú eres el único ser de todos los que he visto sobre la tierra á quien quisiera

volver á hállar en el Cielo, para que nuestras almas volviesen de cuando en cuando, entre los rayos pálidos de la luna, á contemplar la tierra que fué testigo de nuestro amor, como es testigo de tanto desengaño; de tanta virtud mentida; de tanto crimen y miserias reales!

.....

La luna escondió en ese momento su faz de nácar entre los velos de una parda nube, y Daniel inclinó su cabeza sobre el pecho, embriagado en el éstasis de su espíritu, y cerró sus ojos arrullado por las olas del poderoso Plata; soñolientas y perezosas bajo el tranquilo é iluminado pabellon del Cielo.





## CAPITULO VI.

**Doña María Josefa Ezcurra.**



ESPUES del cuadro político que acaba de leerse, y que la necesidad de dejar dibujada á grandes rasgos la época en que pasan los acontecimientos de esta historia, con sus hombres, sus vicios y sus virtudes, nos obligó á delinearlo y distraer á nuestros lectores, separándolos un momento de nuestros conocidos personajes, justo es

que volvámos ahora en busca de ellos, retrocediendo algunos dias, hasta volver á encontrarnos con aquel de que nos separamos yá.

El lector querrá acompañarnos á una casa donde ha entrado otra vez en la calle del Restaurador; y por cierto que habrá de encontrar allí escenas de que la imaginacion duda, y de que la historia responde.

La cuñada de Su Excelencia el Restaurador de las Leyes estaba de audiencia, en su alcoba; y la sala contigua, con su hermosa estera de esparto blanco con pintas negras, estaba sirviendo de galeria de recepcion, cuajada por los memorialistas de aquel dia.

Una mulata vieja, y de cuya limpieza no podría decirse lo mismo que de la ama, por cuanto es necesario siempre decir que las amas visten con mas aséo que las criadas, aun cuando la regla puede ser ascesible á una que otra escepcion acá ó allá, hacía las veces de edecan de servicio, de maestro de ceremonias, y de paje de introduccion.

Parada contra la puerta que daba á la alcoba, con una mano agarrado tenia el picaporte, en señal de que allí no se entraba sin su correspondien-

te beneplácito, y con la otra mano recibia los cobres ó los billetes que, segun su clase, le daban los que á ella se acercaban en solicitud de obtener la preferencia de entrar de los primeros á hablar con la Señora Doña María Josefa Ezcurra. Y jamás audiencia alguna fué compuesta y matizada de tantas jerarquías, de tan varios colores, de tan distintas razas.

Estaban allí reunidos y mezclados el negro y el mulato, el indio y el blanco, la clase abyecta y la clase media, el pícaro y el bueno; revueltos tambien entre pasiones, hábitos, preocupaciones y esperanzas distintas.

El uno era arrastrado allí por el temor, el otro por el odio; uno por la relajacion, otro por una esperanza, otros en fin, por la desesperacion de no encontrar á quien ni en donde recurrir en busca de una noticia, ó de una esperanza sobre la suerte de alguien caido en la desgracia de Su Excelencia. Pero el edecan de aquella emperatriz de un nuevo jénero, si no es en nosotros una profanacion escandalosa el aplicar ese cesareo nombre á la Señora Doña María Josefa, tenia fija en la memoria su consigna, y cuando salia de la alcoba la persona á

quien hacia entrar, elejía otras de las que allí estaban siguiendo las instrucciones de su ama, sin cuidarse mucho de las súplicas de unos, y de las reclamaciones de otros que habian puesto en su mano alguna cosa para conquistar la prioridad en la audiencia: y era de notarse que precisamente la audiencia no se daba á aquellos que la solicitaban, sino á los que nada decian ni pedian, por cuanto estos últimos habian sido mandados llamar por la Señora, en tanto que los otros venian en solicitud de alguna cosa.

El pestillo de la puerta fué movido de la parte interior, y en el acto la mulata vieja, abrió la puerta y dió salida á una negrilla como de diez y seis á diez y ocho años, que atravesó la sala, tan erguida como podria hacerlo una dama de palacio que saliera de recibir las primeras sonrisas de su soberana en los secretos de su tocador.

Inmediatamente la mulata hizo señas á un hombre blanco, vestido de chaqueta y pantalon azul, chaleco colorado, que estaba contra una de las ventanas de la sala, con su gorra de paño en la mano.

Ese hombre pasó lentamente por en medio de la multitud, se acercó á la mulata, habló con ella, y

entró á la alcoba cuya puerta se cerró tras él.

Doña María Josefa Ezcurra estaba sentada en un pequeño sofá de la India, al lado de su cama, tapada con un gran pañuelo de merino blanco con guardas punzoes, y tomaba un mate de leche que la servía y la traía por las piezas interiores una negrilla jóven.

—Éntre, paisano; siéntese,—dijo al hombre de la gorra de paño que sentóse todo embarazado en una silla de madera de las que estaban frente al sofá de la India.

—Toma mate amargo, ó dulce?

—Como Usía le parezca,—contestó aquel, sentado en el borde de la silla, dando vuelta su gorra entre las manos.

—No me diga *Usía*. Tráteme como quiera, no mas. Ahora todos somos iguales. Ya se acabó el tiempo de los salvajes unitarios, en que el pobre tenia que andar dando títulos al que tenia un fraque ó sombrero nuevo. Ahora todos somos iguales, porque todos somos federales. ¿Y sirve ahora, paisano?

—No, Señora. Hace cinco años que el jeneral

Pinedo me hizo dar de baja por enfermo, y después que sané trabajo de cochero.

—Usted fué soldado de Pinedo?

—Sí, Señora; fuí herido en servicio y me dieron la baja.

—Pues ahora Juan Manuel vá á llamar á servicio á todo el mundo.

—Así he oído ; sí, Señora.

—Dicen que vá á invadir Lavalle, y es preciso que todos defiendan la federacion porque todos son sus hijos. Juan Manuel ha de ser el primero que ha de montar á caballo, porque él es el padre de todos los buenos defensores de la federacion. Pero se han de hacer sus escépciones en el servicio, porque no es justo que vayan á las fatigas de la guerra los que pueden prestar á la causa servicios de otro jénero.

—Pues !

—Ya tengo una lista de mas de cincuenta á quienes he de hacer que les dén papeletas de escencion por los servicios que están prestando. Porque ha de saber, paisano, que los verdaderos servidores de la causa son los que descubren las intrigas y los manejos de los salvajes unitarios de aquí

adentro, que son los peores ¿no es verdad?

—Así dicen, Señora,—contestó el soldado retirado, volviendo el mate á la negrilla que lo servia.

—Son los peores, no tenga duda. Por ellos, por sus intrigas es que no tenemos paz, y que los hombres no pueden trabajar y vivir con sus familias que es lo que quiere Juan Manuel ¿no le parece que esta es la verdadera federacion?

—Pues no, Señora!

—Vivir sin que nadie los incomode para el servicio.

—Pues.

—Y ser todos iguales, los pobres como los ricos, eso es federacion ¿no es verdad?

—Sí, Señora.

—Pues eso no quieren los salvajes unitarios; y por eso, todo el que descubre sus manejos es un verdadero federal, y tiene siempre abierta la casa de Juan Manuel y la mia para poder entrar y pedir lo que le haga falta; porque Juan Manuel no niega nada á los que sirven á la patria que es la federacion ¿entiende, paisano?

—Sí, Señora, y yo siempre he sido federal.

—Ya lo sé, y Juan Manuel tambien lo sabe; y

por eso lo he hecho venir, segura de que no me ha de ocultar la verdad si sabe alguna cosa que pueda ser útil á la causa.

—Y yo que he de saber, Señora, si yo vivo entre federales nada mas?

—Quien sabe! Ustedes los hombres de bien se dejan engañar con mucha facilidad. Dígame ¿donde ha servido últimamente?

—Ahora estoy conchavado en la cocheria del ingles.

—Ya lo sé ¿pero antes de estar en ella, donde servía?

—Servía en Barracas, en casa de una Señora viuda.

—Que se llama Doña Amalia ¿no es verdad?

—Sí, Señora.

—Oh, si por aquí todo lo sabemos, paisano! Pobre del que quiera engañar á Juan Manuel ó á mí!—dijo Doña María Josefa clavando sus ojitos de víbora en la fisonomía del pobre hombre que estaba en áscuas sin saber que era lo que le iban á preguntar.

—Por supuesto,—contestó.

—En qué tiempo entró usted á servir á esa casa?

—Por el mes de Noviembre del año pasado.

—Y salió usted de ella?

—En Mayo de este año, Señora.

—En Mayo, eh?

—Sí, Señora.

—En qué día, lo recuerda?

—Sí, Señora; salí el 5 de Mayo.

—El 5 de Mayo, eh?—dijo la vieja meneando la cabeza, y marcando palabra por palabra.

—Sí, Señora.

—El 5 de Mayo . . . ¿Con que ese día? ¿y por qué salió usted de esa casa?

—Me dijo la Señora que pensaba economizar un poco sus gastos, y que por eso me despedía, lo mismo que al cocinero que era un mozo español. Pero antes de despedirnos nos dió una onza de oro á cada uno, diciéndonos, que tal vez mas adelante nos volveria á llamar, y que fuesémos á ella siempre que tuviésemos alguna necesidad.

—Qué Señora tan buena: queria hacer economías y regalaba onzas de oro!—dijo Doña María Josefa con el acento mas socarron posible.

—Sí, Señora, Doña Amalia es la Señora mas buena que yo he conocido, mejorando lo presente.

Doña María Josefa no oyó estas palabras ; su espíritu estaba en tirada conversacion con el diablo.

—Dígame, paisano,—dijo de repente,—¿ á qué horas lo despidió Doña Amalia?

—De las siete á las ocho de la mañana.

—Y ella se levantaba á esas horas siempre?

—No, Señora, ella tiene la costumbre de levantarse muy tarde?

—Tarde, eh?

—Sí, Señora.

—Y usted vió alguna novedad en la casa?

—No, Señora, ninguna.

—Y sintió usted algo en la noche?

—No, Señora, nada. :

—Qué criados quedaron con ella, cuando usted y el cocinero salieron?

—Quedó Don Pedro.

—Quién es ese.

—Es un soldado viejo que sirvió en las guerras pasadas, y que ha visto nacer á la Señora.

—Quién mas?

—Una criada que trajo la Señora del Tucuman, una niña, y dos negros viejos que cuidan de la Quinta.

—Muy bien : en todo eso me ha dicho usted la verdad ; pero cuidado, mire usted que le voy á preguntar una cosa que importa mucho á la federacion y á Juan Manuel ¿ha oído?

—Yo siempre digo la verdad, Señora,—contestó el paisano, bajando los ojos que no pudieron resistir á la mirada encapotada y dura con que acompañó Doña María Josefa sus últimas palabras.

—Vamos á ver : en los cinco meses que usted estuvo en casa de Doña Amalia, qué hombres entraban de visita todas las noches ?

—Ninguno, Señora.

—Como ninguno?

—Ninguno, Señora. En los meses que he estado, no he visto entrar á nadie de visita de noche.

—Y estaba usted en la casa á esas horas?

—No salía de casa, porque muchas noches, si habia luna, enganchaba los caballos y llevaba á la Señora á la Boca, donde se bajaba á pasear á orillas del riachuelo.

—A pasear? ¡Qué Señora tan paseandera!

—Sí, Señora, llevaba la niña Doña Luisa y paseaba con ella sola.

—La niña Doña Luisa! ¿Y la cuida mucho á esa niña Doña Luisa?

—Sí, Señora, como si fuera de la familia.

—Será de la familia, pues?

—No Señora, no es nada de ella.

—No; pues las malas lenguas dicen que es su hija.

—Jesus, Señora! si Doña Amalia es muy moza, y la niña tiene doce años!

—Muy moza eh? ¿Y cuantos años tiene?

—Ha de tener de veinte y dos, á veinte y cuatro años.

—Pobresita! fuera de los que mamó y anduvo á gatas. Bien ¿y con quién decia usted que paseaba?

—Sola con la niña.

—Con ella sola, eh? ¿Y á nadie encontraba por allí?

—A nadie, no, Señora.

—Y las noches que no paseaba, no recibia visitas?

—No, Señora, no iba nadie.

—Estaría rezando?

—Yo no sé, Señora, pero á casa no entraba nadie,—respondió el antiguo cochera de Amalia, que

á pesar de toda la vocacion por la santa causa, estaba comprendiendo que se trataba de algo relativo á la honradéz, ó á la seguridad de Amalia, y se estaba disgustando de que lo creyesen capaz de querer comprometerla, por cuanto él estaba persuadido de que en el mundo no habia una mujer mas buena, ni jenerosa que ella.

Doña María Josefa reflexionó un rato.

—Esto echa por tierra todos mis cálculos—se dijo á sí misma.

—Y dígame usted, de dia tampoco no entraba nadie?—preguntó.

—Solían ir algunas Señoras, una que otra vez.

—Nó, de hombres le pregunto á usted.

—Solía ir el Señor Don Daniel, un primo de la Señora.

—Todos los dias?

—No, Señora, una ó dos veces por semana.

—Y despues que ha salido usted de la casa ha vuelto á ella á ver á la Señora?

—He ido tres ó cuatro veces.

—Vamos á ver: ¿cuando usted ha ido á quien ha visto en ella, á mas de la Señora?

—A nadie.

—A nadie, eh?

—No, Señora.

—No habia algun enfermo en la casa?

—No, Señora, todos estaban buenos.

Doña María Josefa reflexionaba.

—Bueno, paisano; Juan Manuel tenia algunos informes sobre algo de esa casa, pero yo le diré cuanto usted me ha dicho, y si es la verdad, usted le habrá hecho un servicio á la Señora, pero si usted me ha ocultado algo, ya sabe lo que es Juan Manuel con los que no sirven á la federacion.

—Yo soy federal, Señora; yo siempre digo la verdad.

—Así lo creo: puede retirarse no mas.

Inmediatamente á la salida del ex-cochero de Amalia, Doña María Josefa llamó á la mulata de la puerta y le dijo:

—Está ahí la muchacha que vino ayer de Barracas?

—Está, sí, Señora.

—Que entre.

Un minuto despues entró á la alcoba una negrilla de diez y ocho á veinte años, rotosa y sucia.

Doña María Josefa la miró un rato, y la dijo :

—Tú no me has dicho la verdad : en casa de la Señora que has denunciado, no vive hombre ninguno, ni ha habido enfermos.

—Sí, Señora, yo le juro á su merced que he dicho la verdad. Yo sirvo en la pulperia que está en la acera de la casa de esa unitaria ; y de los fondos de casa, yo he visto muchas mañanas un mozo que nunca usa divisa y que anda en la Quinta de la unitaria cortando flores. Despues yo los he visto á él y á ella pasear del brazo en la Quinta muchas veces ; y á la tarde suelen ir á sentarse bajo de un sauce muy grande que hay en la Quinta, y allí les llevan café.

—Y de donde ves esto, tú?

—Los fondos de casa dán á los de la casa de la unitaria, y yo les suelo ir á espiar de atras del cerco, porque les tengo rábia.

—Por qué?

—Porque son unitarios.

—Cómo lo sabes?

—Porque nunca que pasa Doña Amalia por la pulpería, saluda al patron, ni á la patrona, ni á mí ; porque los criados de ella nunca van á comprar

nada á casa, cuando ellos saben que el patron y todos nosotros somos federales; y porque la he visto muchas veces andar con vestido celeste entre la Quinta. Y cuando ví estas noches que el ordenanza del Señor Mariño, y otros dos mas andaban rondando la casa, y tomando informes en la pulperia, yo vine á contarle á su merced lo que sabia, porque soy buena federal. Es unitaria, sí Señora.

—Y qué mas sabes de ella, para decir que es unitaria?

—Qué mas sé?

—Sí, qué mas sabes?

—Mire, su merced: una comadre mia supo que Doña Amalia buscaba lavandera; fué á verla, pero no la quiso y le dió la ropa á una gringa.

—Cómo se llama?

—No sé, Señora; pero si su merced quiere yo lo preguntaré.

—Sí, pregúntalo.

—Y tambien tengo que decir á su merced que yo la he oido tocar el piano y cantar á media noche.

—Y qué hay con eso?

—Yo digo que ha de ser la cancion de Lavalle.

—Y por qué lo creés?

—Yo digo no mas.

—Y no puedes pasar de noche á la Quinta y acercarte á la casa para oír lo que canta.

—Veré á ver, sí, Señora.

—Mira, si puedes entrarte á la casa, escóndete y no te muevas de allí hasta que venga el día.

—Y qué hago Señora?

—No dices que allí hay un mozo?

—Ah! Sí, Señora, ya entiendo.

—Pues!

—Yo creo que se ha de entrar desde temprano.

—No; si entra á las piezas de ella, ha de ser tarde, y ha de salir antes que venga el día.

—Yo los he de espiar, sí, Señora.

—Cuidado con no hacerlo!

—Sí, lo he de hacer.

—Y qué mas has visto en esa casa?

—Ya le dije ayer á su merced todo lo que habia visto. Vá casi siempre un mozo que dicen que es primo de la unitaria; y estos meses pasados iba casi todos los días el médico Alcorta, y por eso le dije á su merced que allí habia algun enfermo.

—Y recuerdas algo mas que me has dicho ayer?

—Ah, sí, Señora: le dije á su merced que el enfermo debia ser el mozo que anda cortando flores, porque al principio yo lo veía cojear mucho.

—Y cuándo es el principio? ¿qué meses hará de esto?

—Hará cerca de dos meses, Señora; despues ya no cojea, y ya no vá el médico; ahora se pasea horas enteras con Doña Amalia, sin cojear.

—Sin cojear, eh?—dijo la vieja con la espresion mas cínica en su fisonomía.

—Sí, Señora, está bueno ya.

—Bien: es necesario que espies bien cuanto pasa en esa casa, y que me lo digas á mí, porque con eso haces un gran servicio á la causa, que es la causa de ustedes los pobres, porque en la federacion no hay negros ni blancos, todos somos iguales ¿lo entiendes?

—Sí, Señora; y por eso yo soy federal y cuanto sepa se lo he de venir á contar á su merced.

—Bueno, retírate no mas.

Y la negra salió muy contenta de haber prestado un servicio á la santa causa de negros y blancos, y por haber hablado con la hermana política de Su Excelencia el padre de la federacion.

Sucesivamente entraron á la presencia de Doña María Josefa varias criadas de toda edad, y de todo linaje de malignidad, á deponer oficiosamente cuanto sabian, ó se imaginaban saber de la conducta de sus amos, ó de los vecinos á sus casas, dejando en la memoria de aquella hiena federal una nomenclatura de individuos y familias distinguidas, que debian ocupar mas tarde un lugar en el martirolojio de ese pueblo infeliz, entregado por el mas inmoral de los gobiernos, al espionaje recíproco, á la delacion y la calumnia, armas privilegiadas de Rosas para establecer el aislamiento y el terror en todos.

En seguida de las delatoras, entró en esa oficina del crimen una pequeñísima parte de los que habían llegado ese dia con ruegos y solicitudes al gobierno; á cuyo invisible despacho querian que llegasen por conducto de la hermana política del gobernador, que á todos ofrecia su interposicion, no obstante que jamás solicitud alguna pasaba de sus manos á Rosas; por cuanto ella sabia que su digno cuñado solo le prestaba su atencion para escuchar los informes que le interesaba saber sobre el estado del pueblo, de las familias y de los indivi-

duos; no siendo esto, sin embargo, un obstáculo para que Doña María Josefa tomase los regalos de cuanto pobre y rico se le acercaba en busca de su protección, diciendo á todos: que Juan Manuel iba á despachar de un momento á otro la solicitud, muy favorablemente, por los empeños de ella.

La pluma del romancista no puede entrar en las profundidades filosóficas del historiador; pero hay ciertos rasgos, leves y fugitivos, con que puede delinear, sin embargo, la fisonomía de toda una época; y este pequeño bosquejo de la inmoralidad en que ya se basaba el gobierno de Rosas en el año de 1840, fácilmente podrá explicar, lo creemos, los fenómenos sociales y políticos que aparecieron en pos de esa fecha, en lo mas dramático y lúgubre de la dictadura.

Los abogados del dictador han presentado siempre al extranjero la parte ostensible de su gobierno, y han dicho: si el jeneral Rosas fuese un tirano; si su gobierno fuese tal como lo pintan sus enemigos, no hubiese sido soportado por el pueblo, despues de tantos años.

Pero cómo ha ecsistido? ¿cómo se ha sostenido contra el torrente de la voluntad de todos? Hé

ahí la cuestion ; hé ahí el estudio filosófico de ese gobierno.

Una labor inaudita, empleada con perseverancia en el espacio de muchos años para relajar todos los vínculos sociales, poniendo en anarquía las clases, as familias y los individuos, estableciendo y premiando la delacion como virtud cívica, en la clase ignorante é inclinada al mal de sus semejantes; escudándose siempre con esa palabra federacion, encubridora de todos los delitos, de todos los vicios, de todas las subversiones morales, en el sistema de Rosas; tales han sido los primeros medios empleados por él para debilitar la fuerza sintética del pueblo, cortando en él todos los lazos de comunidad, y dejando una sociedad de individuos aislados para ejercer sobre ellos su bárbaro poder.

La fortuna quiso tambien que ese hombre funesto encontrase en su propia familia caracteres apropiados para ayudarle en su diabólico plan. Y entre ellos, el de Doña María Josefa Ezcurra era un minero inagotable de recursos para la facilitacion de sus fines.

La historia, mas que nosotros, sabrá pintar á esa

mujer y á otras personas de la familia del tirano, con las tintas convenientes para hacer resaltar toda la deformidad de su corazon, de sus habitudes y de sus obras.





## CAPITULO VII.

### **La Pareja.**



A Doña María Josefa Ezcurra se disponia para hacer á su Juan Manuel la segunda visita, de las tres que le hacia diariamente, y de las cuales mucho era que consiguiese hablarlo una sola, contentándose con haber estado en las piezas interiores de la casa y poder salir de ellas aparentando que dejaba el gabinete de Su Exce-

lencia, á los ojos de los servidores de segundo órden que cuajaban el zaguan del patio, haciéndose ante ellos, por esa ficcion grosera, la ajente intermediaria y necesaria á los infelices que tenian algo que suplicar, ó á los pícaros que tenian algo que contar; recibiendo oblaciones de los primeros, y atando á los segundos al yugo de su servicio personal, por esa esclavitud que la prostitucion se labra á sí misma desde el momento en que se descubre á los ojos de un superior; ya llegaba el momento, decíamos, de salir de su casa cuando entró muy familiarmente en ella el comandante Mariño, redactor de la *Gaceta Mercantil*, vasto albañal por donde pasaban todas las inmundicias de la dictadura y de su partido; pasquin diario donde se difamaba individualmente, hasta en lo mas recóndito de la vida privada, á cuanto hombre se habia pronunciado contra la tiranía de Rosas; inventando las mas torpes calumnias hasta sobre los hombres jóvenes que no tenian un solo antecedente público en su vida.

La dueña de la casa no se hizo esperar mucho tiempo de su digna visita, y salió á la sala á recibirla diciéndole:

—Solo á usted lo recibo, porque ya me iba á lo de Juan Manuel; y empiezo por decirle que estoy muy enojada.

—Y yo tambien,—le contestó Mariño, sentándose en el sofá de la sala, al lado de ella.

—Sí, pero usted no ha de tener los motivos que yo.

—Tambien lo creo; empiece usted por los suyos, que yo despues esplicaré los míos,—le contestó el redactor, hombre á quien la naturaleza habia tenido el capricho de envolverle el alma entre un velo negrísimo, tejido con las peores fibras de que brotan las malas pasiones en las dejeraciones de la raza humana, al mismo tiempo que salpicádole la intelijencia con algunas brillantes chispas de imaginacion y de talento.

—Que empiece los míos?

—Eso he dicho.

—Pues bien: tengo motivos de queja contra usted, porque nos está sirviendo á medias solamente.

—Nos está sirviendo! ¿A quienes, Señora Doña María Josefa?

—A quienes! A Juan Manuel, á la causa, á mí, á todos.

—Ah!

—Pues! Y á Juan Manuel no le puede gustar esto.

—Respecto á eso yo me entiendo con el Señor Gobernador,—contestó Mariño, mirando á la vieja, aun cuando nadie lo hubiera creído por cuanto sus ojos miraban siempre al sesgo.

—Sí, como ahora lo vé usted todas las noches!

—Mientras usted lo vé tres ó cuatro veces al dia, Señora,—contestó Mariño queriendo lisonjear á Doña María Josefa, pues aun cuando Mariño no la queria, por la razon de que á nadie queria en el mundo, sabia cuanto importaba el estar bien con ella siempre, y especialmente en esos momentos en que un interés individual le aconsejaba buscar su auxilio.

—Cuatro? no, tres veces no mas lo suelo ver.

—Es mucha suerte. Pero vamos á esto: ¿en qué sirvo yo á medias?

—En que está usted predicando en la *Gaceta* el degüello de los unitarios, y se olvida de las unitarias que son peores.

—Pero es preciso empezar por los hombres.

—Es preciso empezar y acabar por todos, hom-

bres y mujeres; y yo empezaria por las mujeres porque son las peores, y despues hasta por sus inmundas crias, como ha dicho muy bien el juez de paz de Monserrat, *Don Manuel Casal Gaete* (\*) que es un modelo de federal.

—Bien, hemos de tratar á su tiempo de las uni-

---

(\*) En esta referencia cometemos un anacronismo; esas palabras del Juez de Paz, Casal Gaete, dichas del modo que vá á verse, tuvieron lugar en Marzo de 1841, entre las felicitaciones que dirijían á Rosas con motivo de la máquina infernal, y que se hallan en el número 5,277 de la GACETA MERCANTIL; pero lo que en Marzo de 1841, no trepidaban en publicar los sostenedores de la federacion, bien pudieron sentirlo en Julio del año anterior, porque los malos instintos y el arrojio de descubrirlos á la luz del dia, no son cosas que se improvisan, son resultados de organizaciones predisuestas y de conciencias por largo tiempo relajadas. Y así, no se mirará estraño que para retratar la moral política de los amigos de Rosas en 1840, nos sirvamos en esta tan larga obra de un documento publicado pocos meses despues á aquel en que están ocurriendo los sucesos que narramos. En un oficio de aquel juez de paz, dirijido á Rosas, y publicado en la Gaceta citada, se encuentra esta horrible pero injénua confesion de la sangrienta burla con que Rosas y su partido profanaron á Dios, á la religion y á la humanidad..... “Es muy cierto que los salvajes unitarios, bestias de carga, agoviados con el peso de sus enormes delitos, las asquerosas unitarias y sus inmundas crias habrian muerto degollados.....pero el horrendo monton que formasen las ensangrentadas osamentas de esta maldita infernal raza, podria manifestar al mundo una venganza justa únicamente, pero nunca el remedio á los males ináuditos que nos ocasionara su perversidad asombrosa.”

tarias, pero por ahora es preciso que yo le diga á usted que también hay damas federales que no son buenas amigas.

—No, pues por lo que hace á mí. . . .

—Precisamente es á usted á quien me refiero.

—Vaya! esa es broma.

—No, Señora, es sério: yo le confié á usted un secreto hace quince dias ¿recuerda usted?

—Lo de Barracas?

—Sí, lo de Barracas; y en alma y cuerpo se lo ha embutido usted á mi mujer.

—Qué! si fué una broma que yo tuve con ella.

—Pero una broma que me cuesta caro, pues mi mujer me saca los ojos.

—Bah!

—No, no. Bah! la cosa es seria.

—Qué!

—Muy seria.

—No diga eso.

—Sí; lo repito, muy seria, porque no tenia usted para que dar este disgusto á mi Señora, ni á mí.

—Qué! mire usted. . . . qué ocurrencia, Mariño! . . . como ella lo habia de saber por otro con-

ducto, yo le dije que á usted le parecia muy buena moza la viuda de Barracas, pero nada mas ; qué ocurrencia! ¿cómo cree usted que habia de querer yo indisponerlos.

—Bien, ya el mal está hecho y olvidémoslo,— dijo Mariño revolviendo los ojos, proponiéndose sacar partido de la traicion de esa mujer, para quien no habia tales hombres ni mujeres unitarias en el mundo, sino hombres y mujeres á quienes queria hacer mal.

—Bueno, suponga usted que esté hecho el mal, Mariño, pero tambien es preciso que usted sepa que ya está hecho el bien.

—Cómo?

—Toma! Qué me dijo usted?

—Dije á usted, que me interesaba saber algo sobre tal Señora que vivía en Barracas; qué especie de vida era la suya, quien la visitaba, y sobre todo, quien era un hombre que vivía con ella y que parecia estar oculto, porque no salía á la calle, ni se asomaba siquiera á las ventanas; y dije á usted tambien, que yo no tenia en todo esto sino un interés político; es decir, un interés de nuestra causa.

—Pues, un interés político!

—Cierto.

—Ya.

—Por qué lo duda usted?

—Yo?

—Sí, usted, se sonrie maliciosamente.

—Qué! Si yo soy así.

—Sí, Señora, es usted así.

—Mire; yo soy como soy.

—Lo conozco.

—Y yo tambien lo conozco.

—Es decir que nos conocemos?

—Pues; prosiga, Mariño.

—Eso fué lo único que dije á usted, creyendo que no me rehusaria usted este servicio; usted que todo lo sabe y que todo lo puede.

—Pues bien, ahora vá usted á oír todo lo que yo he hecho y conocerá usted si soy su amiga. Hace mucho tiempo que sé que esa mujer de Barracas vive muy retirada, y por cònsiguiente debe ser unitaria.

—Oh, quien sabe!

—No, unitaria, fijo.

—Bien, prosiga usted.

—Me dijo usted, que creía que había un hombre oculto.

—Lo sospeché solamente.

—No, claro, oculto; yo sé lo que me digo.

—Adelante.

—Mandé una de las personas de mi servicio á indagar por el barrio con ciertas instrucciones mías. En la acera de la casa hay una pulperia, en la pulperia una negrilla criolla; mi emisario habló con ella; le dijo que la casa de la viuda era sospechosa; que se fijase que de noche andaba jente vijilando la casa.

—Y cómo lo sabia su emisario de usted?

—Porque yo se lo dije.

—Pero usted como lo sabia?

—Bah! porque yo conozco á usted, y desde que ví que usted tenia interés político en ese asunto,—dijo Doña María Josefa marcando irónicamente las últimas palabras,—me presumí que no se habia de estar usted durmiendo en las pajas.

—Prosiga usted,—dijo Mariño, admirando en su interior la astucia de aquella mujer.

—Mi emisario dijo á la negrilla, pues, que la casa era sospechosa, que la vijilaban, y que si ella

sabia alguna cosa, se congraciaría mucho conmigo viniendo á avisármela; pudiendo decir despues que era mas federal que muchas blancas que tratan de humillar á la pobre jente de color, sin prestar ningun servicio á la federacion. La negrilla no se hizo de esperar: se vino á verme, y, como si la cosa naciera de ella misma, me refirió cuanto sabia.

—Y qué es lo que sabe?

—Que allí hay un hombre jóven y muy buen mozo,—contestó Doña María Josefa poniendo de su parte aquellas calidades para no perder la ocasion de mortificar al prójimo.

—Y bien?

—Que es muy buen mozo; que se pasea por la Quinta abrazado con la viuda.

—Abrazado, ó del brazo?

—Abrazado, ó del brazo, no me acuerdo como dijo la negrilla. Que toman café juntos bajo de un sauce, que él mismo le tiene la taza para que ella lo tome; y que allí se están hasta que viene la noche, y....

—Y qué?—dijo Mariño ardiéndole la sangre ó inyectados de ella sus oblicuos ojos.

—Y que....

—Prosiga usted, Señora.

—Pues viene la noche y....

—Y?

—Y que despues ya no los vé mas,—dijo Doña María Josefa con una espresion de un contentamiento indefinible.

—Bien;—dijo Mariño,—pero hasta ahora no sacamos en limpio, sino que en esa casa hay un hombre, y es lo mismo que yo dije á usted hace quince dias.

—Eso de que nada sacamos en limpio, no es del todo cierto. Hace quince dias que usted deseaba saber algo de esa casa y quien era ese hombre; usted solo era el interesado, pero desde ayer el asunto es de los dos, la mitad mío, y la mitad de usted.

—Desde ayer, ¿y por qué?

—Porque desde ayer he tomado varios informes, y se me ha fijado una idea en la cabeza; no sé porque me parece que voy á dar con cierto pájaro; en fin, este es un asunto mío; y por mí, por mí sola lo he de saber, y pronto.

—Pero mas que saber quien es ese hombre, me interesa saber qué especie de relacion tiene con la viuda; y este es el servicio que yo espero de usted;

porque es preciso que usted sepa que esa casa es un convento ; no se ven jamás, ni las puertas, ni las ventanas abiertas, y para mayor misterio, los criados parecen mudos. En tres semanas no han entrado á ella mas personas que la jóven de Dupasquier tres veces ; Bello, el primo de la viuda, casi todas las tardes, y Agustina cuatro veces.

--Y por qué no se ha hecho usted amigo de Bello ?

—Es un muchacho buen federal, pero muy orgulloso ; no me gusta.

—Y por qué no ha visto usted á Agustina para que lo lleve.

—No quiero dar tanta publicidad á este asunto. Es una ganancia política que yo quiero hacer con usted sola.

—Política, eh ? Ah, tunante ! pero hace bien ; tiene buen gusto ; dicen que la viudita es preciosa.

—Ah, Señora, no hablemos de eso ?

—Y qué mas quiere la zonza ?

—Oh !

—Bah ! es usted un pobre hombre lleno de melindres. Vamos á ver : se contenta usted con que ella venga á pedirme algun servicio dentro de po-

cos dias, y con que yo se la recomiende á usted, y se la envíe á la imprenta, ó á alguna casita por ahí?

—Me habla usted de veras?—preguntó Mariño acercándose mas á la vieja, relampagueándole los ojos.

—Ah, picaron, como se alegra! Así ha de ser, y nada será mas fácil si yo no me he equivocado en cierta sospechita que tengo. Déjeme usted hacer solamente, y dentro de tres ó cuatro dias, asunto concluido; ó salimos bien, ó salimos mal.

—Mi amiga,—dijo Mariño con un tono lleno de amabilidad,—yo solo queria de usted el que, con su poderosa influencia, con su talento que no tiene rival, se hiciera usted necesaria á esa Señora, y usted parece que ha adivinado mis deseos. Hoy por mí, y mañana por tí, como dice el refran.

—No, pues mire usted, Mariño: en este asunto me parece que voy á hacer menos por usted que por mí; si me sale cierto lo que sospecho, creo que le voy á dar un golpe de muerte á Victorica, en la opinion de Juan Manuel.

—Luego aquí hay algo sério?—dijo Mariño un poco intrigado.

—Puede ser, pero no tema usted nada por la viudita; la hemos de sacar en palmas; entretanto, ¿con qué vá usted á pagarme mi servicio?

—Quiere usted que le mande desde mañana cien ejemplares de la *Gaceta*, para distribuirlos entre nuestros buenos servidores?

—Ya lo entiendo, picaruelo, me ha comprendido usted, y les vá á dar duro á ellos y á ellas, eh?

—Creo que quedará usted contenta.

—Y sino, no me contente.

—Otra cosa, hágame usted el favor, Señora, de no hablarle una palabra de estos asuntos á mi mujer.

—No sea criatura! si son bromas mías,—y soltó una de aquellas estrepitosas carcajadas que el diablo la inspiraba, haciéndola gozar del mal que hacia.

—Bien; bromas ó no bromas, es mejor que no se repitan; yo se lo suplico á usted,—dijo Mariño, quien, á pesar del favor en que estaba con el dictador, creía muy conveniente el *suplicar* á aquella mujer, cuyas armas eran jeneralmente irresistibles.

—Bueno: vaya no mas, no tenga cuidado; si yo

doy con cierta cosa, usted ha de dar con la viuda ; pero con una condicion.

—Póngala usted.

—Palabra de honor ?

—Palabra de honor.

—Pues bien ; si yo doy con cierta cosa con que no ha podido dar Victorica, yo se la mando á usted á su Cuartel de Serenos, y usted la recibe ¿entiende usted ?

—A quien ? A la viudita ?

—No, que á la viuda !

—Pues á quien mandará usted á mi cuartel.

—A la cosa que ando buscando, y que espero hallar.

—Ah !

—Entiende usted ahora ?

—Entiendo,—contestó Mariño con una sonrisa indefinible, comprendiendo que se trataba de alguna víctima, pues que el hombre que entraba á su Cuartel de Serenos, no salía de allí sino para la eternidad.

—No digo ? si hemos de ser muy amigos, Mariño.

—Hace tiempo que lo somos,—contestó este levantándose.

—Sí, y de todo corazón. Conque, se vá?

—Y volveré, cuando?

—Dentro de cuatro ó cinco días.

—Hasta entonces, pues.

—Adios, Mariño, hasta entonces; memorias á su mujer, y no haga caso de las zoncerías que le diga.

—Adios, Señora,—le dijo el redactor casi admirado de no ver salir de aquellos lábios sino palabras empapadas en algun veneno diferente.





## CAPITULO VIII.

### **Preámbulo de un Drama.**



ESPUES de la noche del 24 de Mayo en' que cerramos la segunda parte de los acontecimientos de esta historia, los asuntos individuales, y los sucesos políticos, de sus personajes, y de su época, hasta los últimos dias de Julio, habian sufrido cambios progresivos.

Con el tiempo,—este agente poderoso del trastorno de cuanto hay creado,—la poética Quinta de Barracas habia ido poco á poco arrojando de su recinto de flores, las incertidumbres y las supersticiones, y convirtiéndose en un Eden, cuyas puertas, cerradas algun tiempo, se abrieron lentamente, pero al fin se abrieron, á los dos ángeles sin alas arrodillados ante ellas.

Solos, entre el misterio y el peligro, entre la naturaleza y la soledad, almas formadas para lo mas sublime y tierno de la poesía y del amor; noble, valiente y jenerosa la una; tierna, poética y armoniosa la otra, Eduardo y Amalia habian atado para siempre su destino en el mundo, con las fibras mas íntimas y sensibles de su corazon; y si la felicidad en la tierra no es un sueño con el Cielo, que domina la imaginacion en el tránsito fujitivo de la cuna á la tumba, la felicidad con todo el esmalte caprichoso con que la engalana la fantasía, habia aletargado el espíritu de los dos jóvenes, y hécholes oír, ver, tocar, en sus raptos de poesía y entusiasmo, todo cuanto la mente concibe que puede encontrarse en la ecsistencia soñada de la felicidad eterna, porque en medio de la ventura, Eduardo

habia respetado á Amalia, y Amalia no veia una sombra en el cristal purísimo de su conciencia.

Sin embargo, estaba convenido entrambos, que Eduardo volveria á la ciudad, debiendo dentro de pocos meses reunirse para siempre. Pero él no estaba perfectamente bueno de su herida en el muslo. Podía caminar sin dificultad, pero conservaba aun gran sensibilidad en la herida, y esto, y los ruegos de Daniel habian demorado un poco mas el dia de la separacion, si cabia separacion en quienes debian volverse á ver á cada instante.

Madama Dupasquier y su hija sentian por Amalia el cariño que ella inspiraba á cuantos tenian la felicidad de acercársele y comprenderla; pero el rigoroso invierno de 1840, que habia puesto intransitables los caminos, impedia que Madama Dupasquier fuese á Barracas tan á menudo como lo deseaba.

Por su parte, Daniel—el hombre para quien no habia obstáculos en la naturaleza, ni en los hombres—veia á su prima y á su amigo casi todos los dias; y era en Barracas y en lo de su Florencia donde su corazon y su carácter podian esplayarse tales como la naturaleza los hizo: allí era tierno, alegre.

espirituoso, burlesco y mordaz á veces; fuera de allí Daniel era el hombre que conocemos en política.

Por último, la Señora Doña Agustina Rosas de Mancilla habia repetido su visita á Barracas cuatro veces, teniendo la indulgencia de aceptar las disculpas de Amalia, por no haberla pagado ninguna de sus visitas todavia. Amalia, no buscaba esta relacion, la disgustaba al principio, pero últimamente habia conocido que Agustina era una mujer inofensiva, cuya amistad en nada la comprometia, en tanto que Agustina la divertia, al mismo tiempo que la daba ocasion para admirar una obra casi perfecta de la naturaleza; porque el sentimiento de lo bello era el mas desenvuelto en el espíritu de Amalia.

Para el carácter circunspecto de Amalia era una diversion el ver á Agustina revolviéndole las cómodas, sacando y mirando cosa por cosa de cuantas allí habia, y escijiéndole la historia de cada una, desde su fábrica hasta su precio; poniéndose en seguida cuanta capa, cuanto chal, cuanto encaje, cuanto chiche y cuanta alhaja guardaba en sus gabetas la bella tucumana, y pasando luego á mirarse y contornearse en los gran-

des espejos del tocador; siendo para Amalia una verdadera curiosidad el ver aquella mujer tan linda de fisonomía y de formas, entregada como una niña de ocho años á los placeres mas pueriles y ajenos de su edad, pues que Agustina era tres ó cuatro años mayor que Amalia. Sin embargo, esto la divertia, y sin la mínima violencia la regalaba lo que mas veia que habia llamado su atencion. En cambio de todo esto Agustina, habia enviado á Amalia un enorme gallo de porcelana. Pero á los tres dias de habérselo regalado, le escribió pidiéndoselo, bajo pretesto de que no se hallaba sin él.

En cuanto á los acontecimientos políticos, hasta el 16 de Julio en que tuvo lugar la batalla del Sauce Grande, no se habia alterado la situacion pública: situacion de expectativa para Rosas, de inaccion en el Entre-Rios, de preparativos lentos en las Provincias de Cuyo, de irresolucion en los Agentes franceses, de intrigas locales en la República Oriental.

Daniel, entretanto, habia tenido un tristísimo desengaño: el 15 de Junio en que debió tener lugar la segunda reunion de jóvenes en la casa de

Doña Marcelina, se encontró con que el número de los asistentes no pasaba de siete. La mayor parte de los que concurrieron á la primera reunion, ya no estaba en Buenos Aires, sinó en Montevideo, ó en el ejército libertador.

Daniel sufría mucho por el modo con que sus amigos entendian sus deberes pátrios; lo dejaban solo; pero en su aislamiento esa alma de privilegiado temple, lejos de desmayar, parecia cobrar nuevas fuerzas con los reveses, y trabajaba con una febríl actividad por precipitar el desborde sangriento de los ódios de la Mashorca, contenidos por el dique de una primera señal que les faltaba. Y hé ahí lo que buscaba Daniel: que rompiera la Mashorca por en medio de la voluntad de Rosas, á ver si de esa prematura erupcion resultaba una reaccion del pueblo al sentir el puñal de algunas docenas de bandidos, sobre la garganta de tantos inocentes. Pero Daniel no podia con esos lebreles atados con cadena de fierro á la voluntad de su amo, y solo conseguia el ganar en la opinion de ellos el título del mas entusiasta y decidido federal.

Fué en este estado de cosas, y al siguiente dia

de recibirse la noticia de la batalla, que Daniel se embarcó para Montevideo, donde tuvieron lugar las entrevistas que se conocen ya. Y es pocos dias despues de su regreso á Buenos Aires que vamos á encontrarnos con él en la encantada Quinta de Barracas, cuyos dos habitantes ignoraban aquella partida, aun cuando Daniel se habia despedido de ellos por tres dias, llegándola á saber solamente cuando los estrechó en sus brazos, libre ya de los peligros que habia corrido, y de cuya penosa incertidumbre quiso libertar á sus amigos ocultándoles su arriesgadísimo viaje. El secreto habia sido revelado á su Florencia solamente, de quien los ruegos, como los de un anjel, habian subido hasta Dios, y acompañado al bien amado de su alma en los momentos en que arriesgaba la vida por su patria.

Eran las cinco de una tarde fria y nebulosa, y al lado de la chimenea, sentado en un pequeño taburete á los pies de Amalia, Eduardo la traducìa uno de los mas bellos pasajes del *Manfredo* de Byron; y Amalia, reclinado su brazo sobre el hombro de Eduardo y rozando con sus rizos de seda su alta y pálida frente, le oía, enajenada, mas por la

voz que llegaba hasta su corazón que por los bellos raptos de la imaginación del poeta; y de cuando en cuando Eduardo levantaba su cabeza á buscar en los ojos de su Amalia, un raudal mayor de poesía que el que brotaban los pensamientos del águila de los poetas del siglo XIX.

Ella y él representaban allí el cuadro vivo y tocante de la felicidad mas completa: felicidad de ellos, que se escondía en los misterios de su corazón, que á nadie costaba una lágrima en el mundo, y que no dejaba en sus almas el torcedor secreto de los remordimientos, que tan frecuentemente trae consigo esa dicha vulgarizada ó comprada á costa de alguna mala acción entre los hombres.

El mundo se encerraba, para ellos, en ellos solos, y al contemplarlos se hubiera podido decir, que la desgracia tendría compasión de echar una gota de acibar en la copa purísima de la felicidad que gozaban aquellos dos seres que á nadie habían hecho mal en la vida, y que respondían, amándose, á las leyes de una Providencia superior á ellos mismos.

De repente, un coche paró á la puerta, y un minuto despues Madama Dupasquier, su hija y Daniel entraron á la sala.

Amalia y Eduardo habian conocido el coche al través de las celosías de las ventanas, y como para los que llegaban no habia misterios, Eduardo permaneció al lado de Amalia, lo que solo una vez habia hecho en las visitas de Agustina.

Daniel entró, como entraba siempre, vivo, alegre, cariñoso, porque al lado de su Florencia ó de su prima, su corazon sacudia sus penas y sus ambiciones de otro jénero, y daba esandimiento á sus afectos y á su carácter, en lo que él llamaba su vida de familia.

—Café, mi prima, café, porque nos morimos de frio; nos hemos levantado de la mesa para venirlo á tomar contigo; pero ha sido inspiracion mia, no tienes que agradecer la visita, ni á la madre ni á la hija sinó á mí,—dijo.

—Pides tan poco por el servicio, que bien merecerias no ser pago por no saber coñocer la importancia de lo que haces—le contestó Amalia, despues de haber cambiado besos bien sincéros con sus amigas.

—No le crea usted, Amalia, yo he sido quien he dispuesto este paseo, el perezoso se habria dejado estar hasta mañana al lado de la chimenea—dijo Madama Dupasquier, Señora de cuarenta á cua-

renta y dos años, de una fisonomía y de un aire de los mas distinguidos; pero en cuyo semblante habia algo de enfermizo y melancólico, que en la época del terror se descubria muy jeneralmente en las Señoras de distincion que, soterradas en sus casas, y temblando siempre por la suerte de los suyos ó de sus amigos, su salud se alteraba por la escitacion moral en que vivian.

—Está bien, yo diré menos verdad que Madama Dupasquier, pero no hay lójica humana que de ahí deduzca que yo no deba tomar café los viernes.

—Amalia, yo me empeño porque se lo haga usted servir—dijo la madre de Florencia—de lo contrario no nos va á hablar sinó de café toda la tarde.

—Sí, Amalia, déle café, déle cuanto pida á ver si deja de hablar un poco, porque hoy está insufrible—dijo Florencia, á quien Eduardo estaba mostrando los grabados que ilustran las obras completas de lord Byron.

Amalia, entretanto, habia tirado el cordon de la campanilla y ordenado al criado de Eduardo que sirviera café.

—Qué obra es esa, Eduardo?—preguntó Daniel.

—La de uno que en ciertas cosas tenia tanto juicio como tú.

—Ah, es Voltaire, porque este buen Señor decia, que una taza de café valia mas que un vaso de agua del Hypocrén.

—No, no es Voltaire,—dijo Amalia,—adivina.

—Ah! entonces es Rousseau, porque el buen jinabrino tenia el esquisito gusto de pararse á respirar el olor del café tostado, donde quiera que lo percibia.

—Ya usted vé, está empeñado en buscar similitudes con los grandes hombres, por medio del café—dijo madama Dupasquier.

—Pero no adivina—observó Amalia.

—No me doy por vencido.

—A ver, pues?

—Napoleon, de quien la enfermedad de familia se le agravó á causa de los toneles de café que habia tomado en su vida.

—Nada, nada; no adivinas.

—Vaya! No adivinaré quien es el autor de ese libro ¿pero á que adivino quien no es el autor?

—A ver?—dijo Florencia desde la ventana á cuya luz estaba viendo los grabados.

—Don Pedro de Anjelis, porque este autor no puede parecerse á mí desde que no toma café; toma agua de pozo, la mas indijesta de todas las aguas de este mundo, razon por la cual no ha podido decir todavia, el primer volúmen de sus Documentos Históricos ¿acerté?

—Es Byron, loco, es Byron,—le dijo Eduardo enseñando á Florencia el retrato de la hija del poeta.

—Ah, Byron! Ese no tomaba café por la razon que era la bebida favorita de Napoleon; porque has de saber, mi Amalia, que Byron no aborrecia á Napoleon, pero tenia zelos de su gloria, por cuanto sabia, el taimado ingles, que con él y con Napoleon debian morir las dos grandes glorias de su siglo, y con toda su alma hubiese querido que no muriese mas gloria que la suya. Me parece que he hablado con juicio?

—Por la primera vez esta tarde,—contestó Florencia.

—Cosa que no le sucedia con frecuencia al tal poeta; pues si en vez de querer tanto á su mujer, hubiese tenido el juicio de quererla mas cuando ella lo tuvo por loco, no hubiese pasado des-

pues la miserable vida que llevó en este mundo.

—No he entendido,—dijo Florencia.

—Ni nadie,—agregó Amalia.

—Quise decir,—dijo Daniel amacándose en el sillón en que estaba,—que si á mí me tuviese mi mujer por loco, por solo la ocurrencia de echar un reloj al fuego en un raptó de delirio poético, y se me escapase, como hizo la mujer de Byron, en vez de escribirla cartas como él hizo, haria. . . .

—Qué?—preguntó Florencia con viveza.

—Haria lo que cualquier buen hijo de España, que son los que mejor entienden las materias de hecho; pero antes, á ver ¿qué harias tú, Eduardo?

—Yo?

—Sí, tú. Si tu mujer se te escapase, y tú la quisieras?

—Qué habia de hacer? Lo que hizo Byron, escribirla, querer traerla al buen sendero de que se habia estraviado en un momento de ilusion.

—Bah! eso no vale nada.

—Y qué harias tú?

—Yo? montar en un coche, y si no habia coche, á caballo, y sino habia caballo, sobre mis propias botas; irme muy tranquilo á la casa donde estaba

mi fujitiva, tomarla del brazo muy cariñosamente, y decir á los que allí estuvieran : paso, Señores, que esta es mi mujer y me la llevo á mi casa.

—Y si no queria ir, caballero?—dijo Florencia.

—Entonces. . . .claro está, entonces me quedaria donde ella estuviese. Toda la dificultad estaria en que me echasen los dueños de casa, pero entonces me salia con mi mujer y asunto concluido. Pero. . . .el café, mis queridas Señoras,—dijo Daniel levantándose y señalando con su mano el gabinete contiguo á la sala donde acababan de servirlo, y donde entraron todos.

El criado al servir el café, habia colocado una hermosa lámpara solar en la mesa redonda del gabinete, y cerrado los postigos de la ventana que daba á la calle Larga, pues que ya comenzaba á anochecer.

Sentados al rededor de la mesa, todos se entretenian en ver á Daniel saborear el café como un perfecto conocedor.

—Es una lástima,—dijo Madama Dupasquier,—que nuestro Daniel no haya hecho un viaje á Constantinopla.

—Es cierto, Señora,—contestó el jóven,—allí

se toma el café por docenas de tazas, pero hace poco tiempo que he jurado no hacer mas viajes en mi vida.

—Y especialmente, si para ir á Constantinopla fuera necesario hacer el viaje en una ballenera,—dijo Amalia.

—Y pasar media noche con el agua hasta el cuello para volver á su casa,—agregó Florencia mirando con ojos de reconvencion á Daniel.

—Y esponerse á ser recibido por algun oficioso guarda-costa que lo tome por contrabandista—observó Eduardo.

—Hola! Tambien tú, mi querido? Por supuesto, tú el mas circunspecto de los hombres para hacer viajes, que eres capaz de embarcarte sin que te cueste un alfilerazo!

—En todo caso contaria contigo,—respondió Amalia á su primo, mirando tiernamente á Eduardo.

—Por aviso de la Providencia, se entiende, que en cuanto á los que habia de recibir de él, tengo mis antecedentes á este respecto.

—Sí, tiene razon Daniel,—dijo Madama Dupasquier.

—Pero, Daniel; siempre ha sido para nosotros un misterio, como apareciste cerca de tu amigo en aquella terrible noche,—dijo Amalia.

--Vaya! hoy estoy de buen humor, y te lo diré, hija mía. Es muy sensillo.

Todos se pusieron á escuchar á Daniel que prosiguió :

--El 4 de Mayo á las cinco de la tarde recibí una carta de este caballero, en que me anunciaba que esa noche dejaria Buenos Aires. Entró en la moda, dije para mí; pero como yo tengo algo de adivino empecé á temer alguna desgracia. Fuí á su casa; nada, cerrada la puerta. Fuí á diez ó doce casas de amigos nuestros; nada tampoco. A las nueve y media de la noche ya no podia estar en casa de esta Señora, primera vez de mi vida en que he pecado contra el buen gusto. Me salí, pues, esponiéndome. . . . esponiéndome &a., esta Señorita concluirá mi frase. Me salí, pues, y fuí á dar por las barrancas de la Residencia en donde vive cierto escocés amigo mío, que parece ha hecho sociedad con Rosas en cuanto á querer dejarnos sin hombres en Buenos Aires: él llevando unos á Montevideo, y Rosas mandando otros á otra parte.

Pero mi escocés dormía como si estuviese en sus montañas, esperando á que viniese á describirle Walter Scott. Esa noche era de asueto para él. Qué hacer entonces? Acudí á la lójica: nadie se embarca sino por el rio; es así que Eduardo vá á embarcarse, luego por la costa del rio puedo encontrarlo; y despues de este silojismo que envidiaria el Señor Garrigós, que es el mas lójico de nuestros representantes, bajé la banca y me eché á andar por la costa del rio.

—Y solo!—esclamó Florencia empezando á palidecer.

—Vaya! sino, me callo.

—No, no, siga usted,—dijo la jóven esforzándose para sonreirse.

—Bien, pues; empecé á andar hácia el Retiro, y al cabo de algunas cuadras, cuando ya me desesperaba la soledad y el silencio, percibí, primero un ruido de armas, me fuí en esa direccion, y á pocos instantes conocí la voz del que buscaba. Despues.... despues ya se acabó el cuento, dijo Daniel viendo que Amalia y Florencia estaban escesivamente pálidas.

—Eduardo se disponia á dar un nuevo jiro á la

conversacion cuando al ruido que se sintió en la puerta de la sala dieron vuelta todos y, al través del tabique de cristales que separaba el gabinete, vieron entrar á las Señoras Doña Agustina Rosas de Mancilla y Doña María Josefa Ezcurra, cuyo coche no se habia sentido rodar en el arenoso camino, distraidos como estaban todos con la narracion de Daniel.

Eduardo, pues, no tuvo tiempo de retirarse á las piezas interiores, como era su costumbre cuando llegaba alguien que no era de las personas presentes.



---

## CAPITULO IX.

### El primer acto de un Drama.



E todos cuantos allí habia, Amalia era la única que no conocia á Doña María Josefá Ezcurra; pero cuando al pasar al salon vió de cerca aquella fisonomía estrecha, enjuta y repulsiva; aquella frente angosta sobre cuyo cabello alborotado estaba un

inmenso moño punzó, armonizándose diabólicamente con el color de casi todo el traje de aquella mujer, no pudo menos de sentir una impresion vaga de disgusto, un no sé qué de desconfianza y temor que la hizo dar apenas la punta de sus dedos cuando la vieja le estendió la mano. Pero cuando Agustina la dijo :

—Tengo el gusto de presentar á usted á la Señora Doña María Josefa Ezcurra;—un estremecimiento nervioso pasó como un golpe eléctrico por la organizacion de Amalia, y sin saber por qué, sus ojos buscaron los de Eduardo.

—No me esperaría usted con esta tarde tan mala?—prosiguió Agustina, dirijiéndose á Amalia, mientras todos se sentaban en redor de la chimenea.

Pero fuera casual ó intencionalmente, Doña María Josefa quedó sentada al lado de Eduardo, dándole la derecha. Amalia se guardó bien de presentar á Eduardo. Todos los demás se conocian desde mucho tiempo.

—En efecto, es una agradable sorpresa,—contestó Amalia á la Señora de Mancilla.

—Misia María Josefa se empeñó en que saliera-

mos; y como ella sabe cuan feliz soy cuando vengo á esta casa, ella misma le dió orden al cochero de conducirnos aquí.

Daniel empezó á rascarse una oreja, mirando el fuego como si él solo le absorbiese su atencion.

—Pero, vamos,—prosiguió Agustina,—no somos nosotras solas las que se acuerdan de usted; aquí está Madama Dupasquier que hace mas de un año que no me visita; aquí está Florencia que es una ingrata conmigo, y por consiguiente aquí está el Señor Bello. Además, aquí tengo el gusto de ver tambien al Señor Belgrano, á quien hace años no se le vé en ninguna parte,—dijo Agustina que conocia á toda la juventud de Buenos Aires.

Doña María Josefa miraba á Eduardo de pies á cabeza.

—Es una casualidad; mis amigos me ven muy poco,—respondió Amalia.

—Y si yo no veo á usted, Agustina, á lo menos no negará usted que mi hija hace mis veces muy frecuentemente,—dijo Madama Dupasquier.

—Desde el baile, no la he visto sino dos veces.

—Pero usted vive aquí tan perfectamente, que

casi es envidiable su soledad,—dijo Doña María Josefa dirijiéndose á Amalia.

—Vivo pasablemente, Señora.

—Oh, Barracas es un punto delicioso!—prosiguió la vieja,—especialmente para la salud,—y señalando á Eduardo, dijo á Amalia:

--El Señor se estará restableciendo?

Amalia se puso encendida.

—Señora, yo estoy perfectamente bueno,—la contestó Eduardo.

—Ah! dispense usted. Como lo veía tan pálido!

—Es mi color natural.

--Además, como lo veía á usted sin divisa; y con esa corbata de una sola vuelta, en un dia tan frio, creí que vivía usted en esta casa.

—Mire usted, Señora:—se apresuró á decir Daniel para evitar una respuesta que por fuerza, ó habia de ser una mentira, ó una declaracion demasiado franca, que convenia evitar,—en esto de frio es segun uno se acostumbra; los escoceses viven en un pais de hielo y andan desnudos hasta medio muslo.

—Cosas de gringos; pero como aquí estamos en Buenos Aires!—replicó Doña María Josefa.

—Y en Buenos Aires donde este invierno es tan rigoroso,—agregó Madama Dupasquier.

—Ha hecho usted poner chimenea, Misia María Josefa?—preguntó Florencia que, como todos, parecía empeñarse en distraerla de la idea que había tenido sobre Eduardo; y que todos parecían adivinar.

—Demasiado tengo que hacer, hija, para ocuparme de esas cosas; cuando ya no haya unitarios que nos den tanto trabajo, pensaremos un poco en nuestras comodidades.

—Pues yo no hago poner una chimenea en cada cuarto, porque Mancilla se resfria al salir del lado del fuego,—dijo Agustina.

—Demasiado calor ha de tener hoy Mancilla,—continuó Doña María Josefa.

—Cómo! Está enfermo el Señor jeneral?—preguntó Amalia.

—Él nunca está sano,—contestó Agustina,—pero hoy no lo he sentido quejarse.

—No, no tiene calor de enfermedad,—repuso la vieja,—tiene calor de entusiasmo. ¿No saben ustedes que hace tres días se está festejando la derrota de los inmundos unitarios en Entre-

Rios? pues no hay un solo federal que no lo sepa.

—Precisamente hablábamos de eso cuando ustedes entraron,—dijo Daniel;—ha sido una terrible batalla.

—En que bien las han pagado!

—Oh, de eso yo le respondo á usted!—dijo Daniel.

—Y yo tambien,—agregó Eduardo:—y si no hubiera sido que la noche era tan oscura. . . .

—Como la noche? Si la batalla fué de dia, Señor Belgrano,—observó Doña María Josefa.

—Eso es; fué de dia, pero quiso decir mi amigo, que si no hubiera sido la noche, no se escapa ninguno.

—Ah! por supuesto. ¿Y ha asistido usted á alguna de las fiestas, Señor Belgrano?

—Hemos paseado juntos las calles admirando la embanderacion,—contestó Daniel, que temblaba de que Eduardo hablase.

—Y que lindas banderas hay! ¿De donde sacarán tantas, Señora?—dijo la picaruela de Florencia, dirijiéndose á Doña María Josefa.

—Las compran, niña, ó las hacen las buenas federales.

—Sí, pues yo soy muy buena federal, y me guardaré muy bien de emplear mis manos en eso. Cuando Mancilla me lo pidió el año pasado, se las mandé pedir prestadas al Señor Mandeville, y desde entonces las tengo, y son las que uso: ni se las vuelvo mas. ¿Y usted ha puesto, Amalia?

—No, Agustina, esta casa está tan retirada!

—Bien hecho! hacen un ruido las malditas banderas! y despues de eso, los muchachos: Eduardita casi se cayó hoy de la azotea por querer subir hasta una bandera.

—Oh, esta casa no está tan lejos!—dijo Doña María Josefa.

—Pero como las del teatro no hay ningunas: ¿ha ido usted al teatro, Doña María Josefa?

—No, Florencita, yo no voy al teatro. Pero he sabido que ha habido mucho entusiasmo? ha estado usted Señor Belgrano?

—Pues mire usted, el dia que yo vaya, por fuerza la voy á usted á buscar, y hemos de ir ¿no es verdad?

—No te incomodes, niña, yo no voy al teatro,—contestó la vieja con un jesto de mal humor al

ver que nadie, y especialmente Florencia, la dejaba conversar con Eduardo.

—El teatro es el centro mas apropósito para expresarse el entusiasmo de los pueblos,—dijo Daniel.

—Sí, pero con tanta griteria no dejan oír la música,—agregó Agustina.

—Esa griteria es la mas bella música de nuestra santa causa,—dijo Daniel con una cara la mas seria del mundo.

—Cabal, eso es hablar,—dijo la vieja.

—Florencia, porque no toca usted el piano un momento?

—Ha tenido usted una buena idea, Amalia.— Florencia, vé á tocar el piano.

—Bien, mamá. ¿Qué le gusta á usted, Doña María Josefa?

—Cualquiera cosa.

—Pues bien, venga usted. Yo canto muy mal pero por usted voy á cantar delante de jente mi cancion favorita, que es el *Natalicio* del Restaurador. Venga usted junto al piano,—y Florencia se puso de pié delante de Doña María Josefa para dar mas espresion á su invitacion.

—Pero, hija, si ya me cuesta tanto levantarme de donde me siento!

—Vaya que no es así! venga usted.

—Qué niña esta!—dijo la vieja con una sonrisa satánica.—Vaya; vamos pues; dispense usted, Señor Belgrano,—y al decir estas palabras la vieja, fingiendo que buscaba un apoyo para levantarse, afirmó su mano huesosa y descarnada sobre el muslo izquierdo de Eduardo, haciendo sobre él tal fuerza con todo el peso de su cuerpo, que, transido de dolor hasta los huesos, porque la mano se habia afirmado precisamente en lo mas sensible de la profunda herida, Eduardo echó para atrás su cabeza, sin poder encerrar entre sus lábios esta exclamacion:

—Ay! Señora!—quedando en la silla casi desmayado, y pálido como un cadáver.

Daniel llevó su mano derecha á los ojos, y se cubrió el rostro.

Todos, á escepcion de Agustina, comprendieron al momento que en la accion de Doña María Josefa podia haber algo de premeditacion siniestra, y todos quedaron vacilantes y perplejos.

—Le he hecho á usted mal? dispense usted, ca-

ballero. Si yo hubiera sabido que tenia usted tan sensible el muslo izquierdo, le hubiera á usted pedido su brazo para levantarme. Lo que es ser vieja! Si hubiera sido una muchacha, no le habria dolido á usted tanto su muslo izquierdo. Dispense usted, buen mozo,—dijo mirando á Eduardo con una satisfaccion imposible de ser definida por la pluma de un hombre; y fué luego á sentarse junto al piano, donde ya estaba Florencia.

Por una reaccion natural en su altiva organizacion, Amalia se despejó súbitamente de todo temor, de toda contemporizacion con la época y las personas de Rosas que allí estaban; levantóse, empapó su pañuelo en agua de colonia; se lo dió á Eduardo que empezaba á volver en sí del vértigo que habia trastornádolo un momento; y separando bruscamente la silla en que habia estado sentada Doña María Josefa, tomó otra y ocupó el lugar de aquella al lado de su amado, sin cuidarse de que daba la espalda á la cuñada y amiga del tirano.

Agustina nada habia comprendido, y se entretenia en hablar con Madama Dupasquier sobre cosas indiferentes y pueriles como era su costumbre.

Florencia tocaba y cantaba algo sin saber lo que hacia.

Doña María Josefa miraba á Eduardo y á Amalia, y sonreía y meneaba la cabeza.

Daniel parado, dando la espalda á la chimenea, tenia en accion todas las facultades de su alma.

—No es nada, ya pasó, no es nada,—dijo Eduardo al oido de Amalia, cuando pudo reanimarse un poco.

—Pero está endemoniada esta mujer! desde que ha entrado no ha hecho otra cosa que hacernos sufrir,—le contestó Amalia, bañando con su mirada tan tierna y amorosa, la fisonomía de Eduardo.

—Muy bueno está el fuego,—dijo Daniel alzando la voz, y mirando con algo de severidad á Amalia.

—Excelente,—dijo Madama Dupasquier,—pero . . . .

—Pero, perdone usted, Señora, lo disfrutaremos solamente hasta las diez ó las once,—la interrumpió Daniel, alcanzando que Madama Dupasquier iba á hablar de retirarse, dirigiéndola al mismo tiempo una mirada que la intelijente portefaña comprendió con facilidad.

—Justamente, esa es mi idea,—repuso la Señora,—es preciso que saboreemos bien el gusto de esta visita, ya que tan pocas veces nos damos este placer.

—Gracias, Señora,—dijo Amalia.

—Tiene usted razon,—agregó Agustina,—y yo tambien me estaria hasta esas horas, sino tuviese que ir á otra parte.

—Es muy justo,—dijo Amalia, cambiando con Madama Dupasquier una mirada bien intelijente sobre la razon algo impertinente que acababa de dar Agustina.

—Qué tal, lo he hecho bien?—preguntó Florencia á Doña María Josefa, levantándose del piano.

—Oh, muy bien!—Se le pasó á usted el dolor, Señor Belgrano?

—Ya, sí, Señora,—respondió Amalia con prontitud y sin dar vuelta la cabeza para mirar á Doña María Josefa.

—No me vaya usted á guardar rencor, eh?

—Si no hay de qué, Señora,—dijo Eduardo violentándose en dirigirle una palabra.

—Lo que prometo es no decir á nadie que tiene usted tan sensible el muslo izquierdo, á lo me-

nos á las muchachas, porque si lo saben todas ván á querer pellizcarle ahí para verlo desmayarse.

—Quiere usted sentarse, Señora?—dijo Amalia jirando la cabeza hácia Doña María Josefa, sin alzar los ojos y señalándo una silla que habia en el extremo del círculo que formaban en rededor de la chimenea.

—No, no, dijo Agustina—ya nos vamos, tengo que hacer una visita y estar en mi casa antes de las nueve de la noche.

Y la hermosa mujer del jeneral Mancilla se levantó ajustándose las cintas de su gorra de terciopelo negro, que hacía resaltar la blancura y la belleza de su rostro.

En vano quiso Amalia violentarse; no pudo conseguir despejar su ánimo de la prevencion que la dominaba ya contra Doña María Josefa Ezcurra: aun no habia traslucido la maldad de sus acciones, pero le era bastante la groseria de la parte ostensible de ellas para hacérsele repugnante su presencia; y jamás despedida alguna fué hecha con mas desabrimiento á esa mujer toda poderosa en aquel tiempo: Amalia la dió á tocar apenas la pun-

ta de sus dedos, y ni la dió gracias por su visita, ni la ofreció su casa.

Agustina no pudo ver nada de esto, entretenida en despedirse y mirarse furtivamente en el grande espejo de la chimenea, tomando en seguida el brazo de Daniel que las condujo hasta el coche. Pero todavia desde la puerta de la sala, Doña María Josefa volvió su cabeza, y dijo dirigiéndose á Eduardo :

—No me vaya á guardar rencor, eh? Pero no se vaya á poner agua de colonia en el muslo, porque le ha de hacer mal.

El coche de Agustina habia partido ya, y aun duraba en el salon de Amalia el silencio que habia sucedido á la salida de ella y de su compañera.

Amalia fué la primera que lo rompió, mirando á todos, y preguntando con una verdadera admiracion.

—Pero, qué especie de mujer es esta?

—Es una mujer que se parece á ella misma,—dijo Madama Dupasquier.

—Pero qué le hemos hecho?—preguntó Amalia. ¿A qué ha venido á esta casa, si debia ser para mortificar á cuantos en ella habia, y esto cuan-

do no me conoce, cuando no conoce á Eduardo?

—Ah, prima mía! Todo nuestro trabajo está perdido; esta mujer ha venido intencionalmente á tu casa; ha debido tener alguna delacion, alguna sospecha sobre Eduardo, y desgraciadamente acaba de descubrirlo todo!

—Pero qué, qué ha descubierto?

—Todo, Amalia ¿crees que haya sido casual el oprimir el muslo izquierdo de Eduardo?

—Ah!—esclamó Florencia,—sí, sí, ella sabia de un herido en el muslo izquierdo!

Las Señoras y Eduardo se miraron con asombro.

Daniel prosiguió tranquilo y con la misma gravedad:

—Cierto, esa era la única seña que ella tenia del escapado en los asesinatos del 4 de Mayo. Ella no ha podido venir á esta casa sin algun fin siniestro. Desde el momento de llegar ha examinado á Eduardo de pies á cabeza; solo á él se ha dirigido, y cuando ha comprendido que todos le cortábamos la conversacion, ha querido de un solo golpe descubrir la verdad, y ha buscado el miembro herido para descubrir en la fisonomía de Eduardo el resultado

de la presión de su mano. Solo el demonio ha podido inspirarla tal idea, y ella vá perfectísimamente convencida de que solo habiendo oprimido una herida mal cerrada aun, ha podido orijinar en Eduardo la impresión que le hizo, y que ha devorado con placer.

—Pero quién ha podido decírselo?

—No hablemos de eso, mi pobre Amalia. Yo tengo un perfecto conocimiento de lo que acabo de decir, y sé que ahora estamos todos sobre el borde de un precipicio. Entretanto, es necesaria una cosa en el momento.

—Qué?—esclamaron todas las Señoras que estaban pendientes de los lábios de Daniel.

—Que Eduardo deje esta casa inmediatamente y se venga conmigo.

—Oh, no,—esclamó Eduardo levantándose iluminados sus ojos por un relámpago de altivez, y parándose al lado de su amigo junto á la chimenea.

—No,—prosiguió.—Alcanzo ahora toda la malignidad de las acciones de esa mujer, pero es por lo mismo que me creo descubierto, que debo permanecer en esta casa.

—Ni un minuto,—le contestó Daniel con su aplomo habitual en las circunstancias difíciles.

—Y ella, Daniel?—le replicó Eduardo nerviosamente.

—Ella no podrá salvarte.

—Sí, pero yo puedo libertarla de una ofensa.

—Con cuya liberacion se perderian los dos.

—No; me perderia yo solo.

—De ella, me encargo yo.

—Pero vendrian aquí?—preguntó Amalia toda inquieta, mirando á Daniel.

—Dentro de dos horas, dentro de una quizá.

—Ah, Dios mio! Sí, Eduardo, al momento, váyase usted, yo se lo ruego,—dijo Amalia levantándose y aprocsimándose al jóven; accion que instintivamente imitó Florencia.

—Sí, con nosotros, con nosotros se viene usted Eduardo,—dijo la bellísima y tierna criatura.

—Mi casa es de usted, Eduardo, mi hija ha hablado por mí,—agregó Madama Dupasquier.

—Por Dios, Señoras! no, no. Cuando no fuera mas que el honor, él me ordena permanecer al lado de Amalia.

—Yo no puedo asegurar,—dijo Daniel,—que

ocurra alguna novedad esta noche, pero lo temo, y para ese caso, Amalia no estará sola, porque dentro de una hora yo volveré á estar á su lado.

—Però Amalia puede venir con nosotros,—dijo Florencia.

—No, ella debe quedar aquí, y yo con ella;—replicó Daniel,—si pasamos la noche sin ocurrencia alguna, mañana trabajaré yo, ya que hoy ha trabajado tanto la Señora Doña María Josefa. De todos modos no perdamos tiempo; toma, Eduardo, tu capa y tu sombrero y ven con nosotros.

—No.

—Eduardo! Es la primera cosa que pido á usted en este mundo: entréguese á la direccion de Daniel por esta noche, y mañana..... mañana nos volveremos á ver, cualquiera que sea la suerte que nos depara Dios.

Los ojos de Amalia al pronunciar estas palabras, húmedos por el fluido de su sensibilidad, tenían una espresion de ruego tan tierna, tan melancólica, que la enerjía de Eduardo se dobló ante ella, y sus lábios apenas modularon las palabras:

—Bien, iré.

Florencia batió las manos de alegría y atravesó

corriendo el salon á tomar del gabinete su sombrero y su chal, repitiendo al volver :

—A casa, á casa Eduardo.

Daniel la miró encantado de la espontaneidad de su alma, y con una sonrisa llena de cariño y dulzura, la dijo :

—No, ángel de bondad, ni á vuestra casa, ni á la mía, ni á la de él.—En todas ellas puede ser buscado.—Iré á otra parte; eso es de mi cuenta.

Florencia quedó triste.

—Pero bien;—dijo Eduardo,—dentro de una hora estarás al lado de Amalia?

—Sí, dentro de una hora.

—Amalia, es el primer sacrificio que hago por usted en mi vida, pero créame usted por la memoria de mi madre, que es el mayor que podria hacer yo sobre este mundo.

—Gracias, gracias, Eduardo! Hay alguien que pudiera creer que en su corazon de usted cabe el temor? Además, si se necesita un brazo para defenderme, usted no puede poner en duda que Daniel sabria hacer sus veces.

Felizmente Florencia no escuchó estas palabras,

pues habia ido al gabinete á buscar la capa de su madre.

Algunos minutos despues, la puerta de la casa de Amalia estaba perfectamente cerrada; y el viejo Pedro, á quien Daniel habia dado algunas instrucciones antes de partir, se paseaba desde el zaguán hasta el patio, estando perfectamente acomodadas contra una de las paredes de éste, la escopeta de dos tiros de Eduardo y una tercerola de caballería, mientras á la cintura del viejo veterano de la independenciá, estaba un hermoso puñal.

El criado de Eduardo, por su parte, estaba sentado en un umbral de las puertas al patio, esperando las órdenes del soldado, quien, segun las instrucciones de Daniel, no debia abrir á nadie la puerta de la calle hasta su regreso.



---

## CAPITULO X.

### Una noche toledana.



OR muy de prisa que anduviese Daniel, le era imposible volver á Barracas en el término de una hora, teniendo que ir en coche á dejar á la Señora Dupasquier y su hija; conducir á Eduardo, muy lejos de la calle de la Reconquista, y á pié para no poner al cochero en

el secreto de su refugio; volver á su casa, dar algunas órdenes á su criado, hacer ensillar y volver á Barracas.

Así es que eran ya las nueve y media de la noche, es decir, hora y media despues de dejar á su prima, cuando descendía por la barranca de Balcarce reflexionando y convenciéndose de que la visita de Doña María Josefa, habia sido el resultado de alguna delacion sobre aquello que por tanto tiempo se habia velado entre el misterio, y que la vieja, espía de su hermano político, habia adquirido el convencimiento de la verdad que le habrian revelado.

—En la pérdida de Eduardo está interesado Rosas, porque ha sido el primero que ha burlado una resolucion suya en esta época,—se decia Daniel.

—Está interesado Cuitiño y por consiguiente la Mas-horca, porque con la cabeza de Eduardo, dan una prueba de su celo que fué burlado por el valor de aquel.

—Está interesada Doña María Josefa, por el espíritu endemoniado que anima sus acciones, cuando se obstina en labrar el mal que le han evitado por algun tiempo.

—Para todos, pues, Eduardo es un delincuente puesto fuera de toda ley.

—Pero ese delincuente tiene sus cómplices.

—Esos cómplices son, Amalia, los que rodean á Amalia, yo; quizá tambien la Señora Dupasquier y Florencia.

—Cómo conjurar, Dios mio, esta tormenta!—esclamaba Daniel en lo interior de su alma, inquieto y con miedo por la primera vez de su vida, al considerar en peligro los séres mas amados de su corazon.

Por un contraste orijinal de la naturaleza, los corazones de voluntad poderosa, inconmovibles para los grandes arrojos en la lid de la política ó de las armas, suelen ser débiles en los inconvenientes de la vida íntima, y tímidos hasta el afeminamiento en los peligros que amenazan los séres ligados á su vida por los vínculos del amor ó de la amistad. Y Daniel, alma templada para arrostrar serena todos los azares de la vida política en una época de revolucion y de sangre, ó la metralla de un campo de batalla, sufria en aquel momento inquietud y temor por las personas cuya suerte ó cuya ecsistencia peligraba.

—Pero en fin, dejemos venir los acontecimientos y chispearé á sus golpes, porque si ellos son de acero, yo soy de pedernal,—dijo, y, como sacudiendo las impresiones nuevas que lo asaltaban, dió riendas á su brioso corcel en direccion á la Quinta; y en medio de una de esas noches frias, nebulosas, en que las nubes parecen tener algo de fatídico que impresiona al espíritu.

Pero al llegar al camino que viene de la Boca á Santa Lucía, vió doblar hácia la calle Larga seis hombres que la enfilaron á todo el galope de sus caballos.

Un presentimiento secreto, pareció anunciarle que aquellos hombres tenían algo de relacion con sus asuntos; y por una combinacion de su pensamiento, viva como la luz, tiró la rienda á su caballo y los dejó pasar en el momento de enfrentarse á ellos. Pero apenas se habian adelantado cincuenta pasos, cuando volvió á tomar el galope, llevándoles siempre á esa distancia.

Y era de verse y de admirar, en medio á la solitaria calle Larga, y bajo el manto oscuro de la noche, de improviso alumbrada de vez en cuando un súbito relámpago, aquel jóven sin mas

garantía que sus pistolas, corriendo á disputar quizá una víctima al poderoso asesino que la federación tenía á su frente, y los federalistas sobre su espalda.

—Ah! no me engañé,—esclamó al ver á los seis jinetes sentar sus caballos á la puerta de Amalia, desmontarse y dar fuertes golpes en ella, con el llamador, y con el cabo de los rebenques.

Aun no habian tenido tiempo de repetir los golpes, cuando Daniel pasó por entre el grupo de caballos, y con una voz entera y resuelta preguntó:

—Qué hay, Señores?

—Qué hay? ¿y quien es usted?

—Yo soy el que puede hacerles á ustedes esa pregunta. Ustedes vienen en comision ¿no es cierto?

—Sí, Señor, en comision,—dijo uno de ellos acercándose á Daniel y mirándole de pies á cabeza, en los momentos en que el jóven bajó resueltamente de su caballo, y gritó con una voz imperiosa:

—Pedro, abra usted.

Los seis hombres tenían rodeado á Daniel, sin saber que hacer, esperando cada uno, que otro tomase la iniciativa.

La puerta abrióse en el acto, y separando á los dos que estaban contra ella, pasó Daniel resueltamente, diciéndoles:

—Adelante, Señores.

Todos entraron bruscamente tras él.

Daniel abrió la puerta de la sala y entró á ella.

Los seis hombres entraron tambien, arrastrando sus sables sobre la rica alfombra en que hacian surcos con las rodajas de sus espuelas.

Amalia, parada junto á la mesa redonda, pálida al abrirse la puerta de la sala, quedó de repente colorada como el carmin al ver acercarse á ella aquellos hombres con el sombrero puesto; y puesto sobre su fisonomía el repugnante sello de la insolencia plebeya. Pero una rápida mirada de Daniel, la hizo comprender que debia guardar el mas profundo silencio.

El jóven se quitó su poncho, lo tiró sobre una silla, y haciendo ostentacion del chaleco punzó que

á esa época comenzaba á usarse entre los mas entusiastas federales, y la gran divisa que traía al pecho, dijo, dirijiéndose á los seis hombres, que todavia no podian formarse una idea completa de lo que debian hacer :

—Quién manda esta partida?

—Yo la mando,—dijo uno de aquellos, acercándose á Daniel.

—Oficial?

—Ordenanza del comandante Cuitiño.

—Vienen ustedes á prender á un hombre en esta casa?

—Sí, Señor; venimos á registrar la casa, y á llevarlo.

—Bien; lea usted,—dijo Daniel al ordenanza de Cuitiño, sacando un papel de su bolsillo y entregándoselo.

El soldado desdobló el papel, lo miró, vió por todos lados un sello que habia en él, y dándoselo á otro de los soldados, le dijo :

—Lee, tú que sabes.

El soldado se acercó á la lámpara, y deletreando sílaba por sílaba leyó al fin :

“*¡ Viva la Federacion!*”

*¡ Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes!*

*¡ Mueran los inmundos asquerosos unitarios!*

*¡ Muera el pardejon Rivera y los inmundos franceses!*

SOCIEDAD POPULAR RESTAURADORA.

El portador Don Daniel Bello, está al servicio de la Sociedad Popular Restauradora, y todo lo que haga, debe ser en favor de la Santa Causa de la Federacion, porque es uno de sus mejores servidores.

Buenos Aires, Junio 10 de 1840.

JULIAN GONZALEZ SALOMON,

Presidente.

*Boneo,*

Secretario.”

—Ahora,—dijo Daniel, mirando á los soldados de Cuitiño, que estaban ya en la mas completa irresolucion—qué hombre es el que buscan en esta casa, que es como si fuera la mia, y en que no se han escondido nunca salvajes unitarios?

El ordenanza de Cuitiño iba á responder, cuando todos volvieron la cabeza al gran ruido que hicieron cuatro ó seis caballos que entraron de

improvisó al zaguan enlosado, haciendo un ruido infernal con las herraduras sobre las losas, y con los sables y espuelas de los jinetes que se desmontaron, y entraron en tropel á la sala.

Maquinalmente Amalia vino á ponerse al lado de Daniel, y la pequeña Luisa se agarró del brazo de su Señora.

—Vivo ó muerto,—gritó al entrar á la sala el que venia delante de todos.

—Ni vivo, ni muerto, comandante Cuitiño,—dijo Daniel.

—Se ha escapado?

—No, los que se escapan, Señor comandante,—contestó Daniel,—son los unitarios que no pudiendo mostrársenos de frente, están trabajando para enredarnos é indisponernos á nosotros mismos. Con sus lójias y con sus manejos que están aprendiendo de los gringos, ya la casa de un federal no está segura; y al paso que vamos, mañana han de avisar al Restaurador, que en la casa del comandante Cuitiño, la mejor espada de la Federacion, se esconde tambien algun salvaje unitario. Esta es mi casa, comandante; y esta Señora es mi prima. Yo vivo aquí la mayor parte del tiempo,

y no necesito jurar para que se me crea que á donde estoy yo, no puede haber unitarios escondidos. Pedro, lleve usted á todos esos Señores, que registren la casa por donde quieran.

—Ninguno se mueva de ahí,—gritó Cuitiño á los soldados que se disponian á seguir á Pedro,—la casa de un federal no se registra;—continuó—usted es tan buen federal como yo, Señor Don Daniel. Pero dígame ¿cómo es que Doña María Josefa me ha engañado?

—Doña María Josefa?—dijo Daniel, fingiendo que no comprendian ni una palabra.

—Sí, Doña María Josefa.

—Pero qué le ha dicho á usted, comandante?

—Me acaba de mandar decir, que aquí estaba escondido el unitario que se rios escapó aquella noche; que ella misma lo ha visto esta tarde, y que se llama Belgrano.

—Belgrano!

—Sí, Eduardo Belgrano.

—Es verdad, Eduardo Belgrano ha estado de visita esta tarde, porque suele visitar de cuando en cuando á mi prima; pero ese mozo á quien yo conozco mucho, lo he visto en la ciudad sano y bueno

durante todo este tiempo; y el de aquella noche no debió quedar para andarse paseando muy contento,—dijo Daniel con cierta sonrisa muy significativa para Cuitiño.

—Y entonces, como diablos es esto? ¿Pues que yo soy hombre para que se jueguen conmigo?

—Son los unitarios, comandante, nos quieren enredar á los federales; y le han de haber metido algun cuento á Doña María Josefa, porque las mujeres no los conocen como nosotros que tenemos que estar lidiando con ellos todos los días. Pero no importa, usted busque á ese mozo que vive en la calle del Cabildo, y si él es el unitario de aquella noche, no le ha de faltar como conocerlo. Entretanto, yo he de ver á Doña María Josefa y al mismo Don Juan Manuel, para saber si ya nos andamos registrando las casas unos á otros.

—No, Don Daniel, no dé paso ninguno. Si son los unitarios, como usted ha dicho,—le contestó Cuitiño que creía á Daniel hombre de gran influencia en la casa de Rosas.

—Qué quiere tomar, comandante?

—Nada, Don Daniel. Lo que yo quiero es

que esta Señora, no se quede enojada conmigo, porque nosotros no sabemos que casa era esta.

Amalia hizo apenas un ligero movimiento con la cabeza, porque estaba completamente atónita, menos por la presencia de Cuitiño, que por el inaudito coraje de Daniel.

—Entonces se retira, comandante?

—Sí, Don Daniel, y ni la contestacion le voy á llevar á Doña María Josefa.

—Hace bien ; son cosas de mujeres y nada mas.

—Señora, muy buenas noches,—dijo Cuitiño saludando á Amalia, y marchando con toda su comitiva, acompañado de Daniel, á tomar sus caballos.





## CAPITULO XI.

### Continuacion del anterior.



**M**ALIA permanecia parada aun junto á la mesa, cuando Daniel, despues de haberse retirado Cuitiño, entró á la sala riéndose como un muchacho, dirijiéndose á su prima á quien abrazó con el cariño de un hermano.

—Perdóname, mi Amalia,—la dijo—son herejías políticas y morales que tengo que cometer á cada paso en esta época de comedia universal, en que yo juego uno de sus mas extraordinarios papeles. Pobre jente! Ellos tienen toda la fuerza del bruto, pero yo tengo la intelijencia del hombre. Ahora ya están estraviados, mi Amalia; y sobre todo ya están en anarquía; Cuitiño ya no le hará caso á Doña María Josefa sobre este asunto, y la vieja váse á enojar con Cuitiño.

—Pero donde está Eduardo?

—Perfectamente seguro.

—Pero van á ir á su casa?

—Por supuesto que irán.

—Tiene papeles?

—Ningunos.

—Pero tú y yo, como quedamos?

—Mal.

—Mal?

—Mal, malísimamente estamos ya desde esta tarde. Pero qué hemos de hacer, sino esperar los sucesos y buscar en ellos mismos los medios de salvarnos de cualquier peligro?

—Pero bien, cuando veré á Eduardo?

—Dentro de algunos dias.

—De algunos dias! Pero no hemos quedado en que mañana nos volveriamos á ver?

—Sí, pero no habiamos quedado en que Cuitiño nos visitase esta noche.

—No importa; si él no viene aquí, yo quiero ir donde él esté.

—Despacio. Nada puedo prometerte ni negarte. Todo dependerá de los resultados que tenga la visita del diablo que hemos tenido esta tarde. No creas que la vieja queda satisfecha con lo que le ha sucedido á Cuitiño; al contrario, vá á irritarse mas é incomodarnos á todos. Hay una cosa sin embargo, que me tranquiliza.

—Y cuál, Daniel?

—Que á estas horas tienen mucho en que pensar Rosas y todos sus amigos.

—Y qué hay? acaba por Dios?

—Nada, una friolera, mi querida Amalia,—dijo Daniel alisando los cabellos sobre la frente de su prima, sentada al lado suyo junto á la chimenea.

—Pero qué hay? Estás insufrible.

—Gracias.

—Lo mereces. Te estás riendo.

—Es que estoy contento.

—Contento?

—Sí.

—Y tienes valor de decírmelo?

—Sí.

—Pero contento de qué? ¿De que todos este-  
mos sobre un volcan?

—No: estoy contento. . . . . óyeme bien lo que  
voy á decirte.

—Te oigo.

—Bien; pero antes; Luisa, dí al criado de  
Eduardo que ya que no está su amo, yo tomaré  
por él una taza de té.

—Te lo repito, estás insufrible—dijo Amalia,  
despues de haber salido Luisa.

—Ya lo sé; pero te decia que estaba contento,  
y quedé en esplicarte el por qué ¿no es así?

—No sé,—dijo Amalia con un jesto de mal  
humor.

—Pues bien: estoy contento, primero porque  
Eduardo está escondido en una buena casa; y se-  
gundo, porque Lavalle está á la vista y paciencia  
de todo el mundo en la buena villa de San Pedro.

—Ya!—esclamó Amalia radiantes sus ojos de

alegría, y tomando entre las suyas la mano de su primo.

—Sí, ya. Ya ha pisado la provincia de Buenos Aires el ejército Libertador. Está á treinta leguas solamente del tirano, y me parece que este es un asunto bien importante para no llamar la atención de nuestro Restaurador.

—Ah! pero vamos á estar libres entonces!—esclamó Amalia sacudiendo la mano de su primo.

—Quien sabe, hija mia, quien sabe! eso dependerá del modo como se opere.

—Oh, Dios mio! Pensar que dentro de pocos dias ya no hay peligros para Eduardo! ¿Es verdad, Daniel, que dentro de tres dias puede estar Lavalle en Buenos Aires?

—No, no tan pronto. Pero puede estarlo dentro de ocho, dentro de seis. Pero puede tambien no estarlo nunca, Amalia mia.

—Oh, no por Dios!

—Sí, Amalia, sí. Si se aprovecha la impresion de este momento, y la ciudad es invadida por cualquier punto de ella, Rosas no sale á la campaña á ponerse al frente de las pocas fuerzas que lo sostienen. No, si la ciudad es atacada, Rosas se em-

barca y huye. Pero si el jeneral Lavalle se demora en operaciones en la campaña, entonces la suerte puede serle adversa. Quieres oír unos fragmentos de la órden del ejército?

—Sí, sí,—esclamó Amalia llena de entusiasmo.

Daniel sacó un papel de su cartera y leyó:

*“Cuartel jeneral en San Pedro.*

“El ejército vá á decidir en estos dias la suerte de todos los pueblos de la República, vá á resolver el gran problema de la libertad de veinte pueblos, cuyas ansiosas miradas se dirijen á las lanzas de sus bravos soldados.

“El jeneral en Jefe exhorta á todos los jefes, oficiales y soldados del ejército, para que se penetren de la importante y gloriosa mision que están llamados á cumplir en su patria.....

.....

“Señores jefes, oficiales y soldados del ejército Libertador, en estos dias se vá á decidir la suerte de la República. Dentro de poco nos veremos bendecidos por seis cientos mil argentinos, y cubiertos de gloria, ó moriremos en los cadalsos del tirano, ó rarástraremos una vida infeliz en paises extranjeros .

mientras la rábia del déspota se satisface con nuestros padres, esposas é hijos. Elejid, mis bravos compañeros. Media hora de coraje es bastante para la gloria y felicidad de la República.

“En la prócsima batalla el enemigo nos presentará probablemente un ejército numeroso. Es preciso no sorprenderse. Si el jeneral en Jefe manda atacar, la victoria es segura. Para ello es preciso que los libertadores desplieguen todo su coraje. Que la caballería cargue con ímpetu á estrellarse contra el enemigo, el cual no resistirá. Las lejonas que el jeneral en Jefe señale, es preciso que se reunan luego que el enemigo haya dado la espalda; las demás perseguirán.

“El jeneral en Jefe tiene una gran confianza en su ejército.

“JUAN LAVALLE.”

—Sublime, sublime!—esclamó la entusiasta Amalia, luego que Daniel hubo acabado de leer la órden del ejército.

—Sí, mi Amalia; yo he encontrado siempre, que todas las proclamas y órdenes de ejército se parecen mucho, y que son sublimes; pero lo que yo

deseo ver siempre es la sublimidad de las acciones : será sublime la empresa del jeneral Lavalle si él viene á estrellar sus escuadrones sobre las calles de Buenos Aires.

—Pero vendrá.

—Dios lo quiera.

—Y, díme, ¿ cómo tienes, imprudente, este papel en tu bolsillo ?

—Lo acabo de recibir en la misma casa donde he dejado á Eduardo.

—Pero qué casa es esa ?

—Oh, nada menos que la de un empleado.

—Dios mio ? En la casa de un empleado de Rosas has puesto á Eduardo ?

—No, Señora : en la casa de un empleado mio.

—Tuyo ?

—Sí . . . pero silencio . . . un caballo ha parado á la puerta . . . Pedro,—gritó Daniel saliendo al zaguan.

—Señor ?—contestó el fiel veterano de la independencia.

—Hay jente en la puerta.

—Abro, Señor ?

—Sí; llaman ya; abra usted,—y Daniel volvió á sentarse al lado de su prima.

Amalia empalideció.

Daniel, tranquilo, fiado en sí mismo como siempre, esperó la nueva ocurrencia que parecia venir á complicar la situacion de sus amigos y de él propio; porque á esas horas, cerca ya de las doce de la noche, nadie podia venir á aquella casa, sino haciendo relacion á los sucesos que lo preocupaban.

El fiel Pedro entró á la sala con una carta en la mano:

—Un soldado trae esta carta para la Señora,—dijo.

—Viene solo?—preguntó Daniel.

—Solo.

—Ha mirado usted al fondo del camino?

—No hay nadie.

—Bien, vuelva usted y observe.

—Ábrela,—dijo Amalia entregando la carta á su primo.

—Ah!—esclamó Daniel, despues de abrirla.—Mira esta firma; es de un gran personaje, conocido tuyo.

—Mariño!—esclamó Amalia, poniéndose colorada como el carmin.

—Sí, Mariño ¿debo leerla aun?

—Lée, lée.

Daniel leyó:

“Señora.

“Acabo de saber que se halla usted complicada en un asunto muy desagradable, y peligroso hasta cierto punto para su tranquilidad. Las autoridades tienen aviso que ha ocultado usted en su casa, largo tiempo, á un enemigo del gobierno, perseguido por la justicia.

“Se sabe que esa persona ya no está en casa de usted; pero como es de suponer que sepa usted su paradero, no tengo dificultad en creer que vá usted á ser el objeto de muy sérios requerimientos de la autoridad.

“En tan difícil situación, yo no dudo que tendrá usted necesidad de un amigo; y como en mi posición yo tengo algunos amigos de valer, me apresuro á ofrecer á usted mis servicios, en la entera confianza de que una vez que sean aceptados, ya no correrá usted ningun peligro.

“Para conseguir esto último, bastará que deposite usted en mí su confianza, dignándose decirme, á que horas me concederá usted mañana el honor de pasar á combinar con usted lo que debemos hacer en el caso presente. Advirtiéndole á usted, que su carta, como mi visita y las que en adelante le hiciere, serán cubiertas por el mayor misterio.....”

—Eh! basta, basta!—esclamó Amalia haciendo accion de arrebatarse la carta.

—No, no, espera. Hay algo mas.

Daniel continuó: :

“Hace tiempo que motivos muy poderosos, que su talento habrá comprendido quizá, me han hecho buscar, pero en vano, la ocasion que hoy se me presenta de poder prestar á usted mis servicios con la mas profunda sumision y respeto, y con la amistad con que saluda á usted su affmo. S. Q. B. S. P.

“*Nicolas Mariño.*”

No hay mas,—dijo Daniel mirando á su prima con la espresion mas burlona que puede estamparse en la fisonomía humana.

—Pero es lo que sobra para decir que ese hombre es un insolente!—esclamó Amalia.

—Así será. Pero como toda carta requiere una respuesta, será bueno saber que se contesta á este hombre.

—Qué se contesta? A ver, dáme esa carta.

—No.

—Oh, dámela.

—Y bien, para qué?

—Para contestarle con los pedazos de ella.

—Bah!

—Oh, Dios mio, insultada tambien! Pedirme cartas y visitas en secreto!—esclamó Amalia cubriéndose los ojos con sus lindas manos.

Daniel se levantó, pasó al gabinete contiguo á la sala, y algunos minutos despues volvió al lado de Amalia y la dijo:

—Esto es lo que tenemos que hacer; oye:

“Señor.

“Autorizado por mi prima, la Señora Doña Amalia Sáenz de Olabarieta, para responder á su carta, me complazco en decir á usted, que todos sus temores relativos á la seguridad de mi prima,

deben dejar de alarmarlo en adelante, porque ella está ajena á todo cuanto se le atribuye; y perfectamente tranquila en la justicia de Su Excelencia el Señor Gobernador, á quien yo tendré el honor de hacer presente mañana todo cuanto ha ocurrido esta noche, sin ocultarle cosa alguna, en el caso de que se lleve adelante esta desagradable ocurrencia.

“Con este motivo saluda á usted respetuosamente &c. &c.”

—Pero ¿qué carta?

—Esta carta es para avisar al resto de esta noche, temblando de que vaya mañana á parar á manos de Roma; y para evitarlo, trabajará mañana porque no se toque mas este negocio. Y es de este modo que hago que nuestros propios enemigos, se conviertan en nuestros mejores servidores.

—Oh, bien, sí. Manda esa carta.

Daniel cerró el billete, y lo hizo llegar al soldado que esperaba á la puerta.

Media hora despues, Daniel se recostaba sin desvestirse en el aposento de Eduardo; y Amalia

oraba de rodillas delante de su crucifijo de oro incrustado en ébano, y rogaba al Dios de las bondades eternas, por la seguridad de los que amaba, y por la libertad de su patria.

FIN DEL TOMO CUARTO.



# ÍNDICE

DEL

**TOMO CUARTO.**



## **PARTE TERCERA.**

CAPÍTULO I. En Montevideo .....	PAG. 5
“ II. Conferencias .....	13
“ III. Continuacion del anterior ..	31
“ IV. Indiscreciones .....	69
“ V. Monólogo en el mar .....	79
“ VI. Doña María Josefa Ezcurra.	89
“ VII. La pareja.....	111
“ VIII. Preámbulo de un drama ...	117
“ IX. El primer acto de un drama.	145
“ X. Una noche toledana.....	165
“ XI. Continuacion del anterior ..	177









